

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LA EUROPA ACADEMICA COMBATIVA

1942

CUADERNO 5

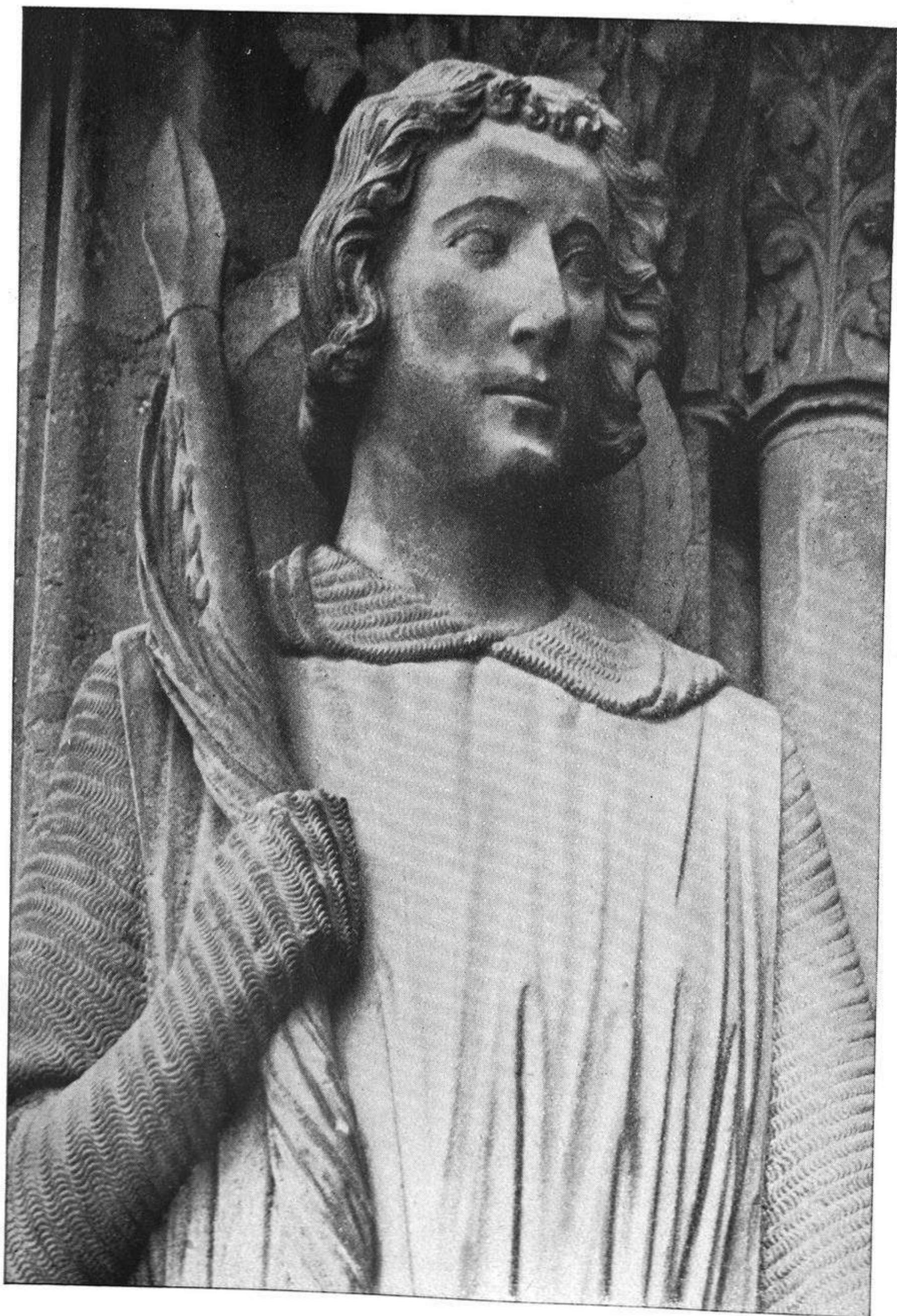
ÍNDICE

<i>Victor Hugo:</i>	Una visión europea
<i>Dr. Pedro Coulmas, Atenas:</i>	Decadencia y grandeza de la idea europea
<i>Teniente Horst Slesina:</i>	La batalla entre dos mundos
<i>Luis Aparicio, División Azul:</i>	Notas de un diario
<i>Marcel Déat, Paris:</i>	Europa y sus naciones
<i>Embajador Todor Nedkow, Sofía:</i>	Idea nacional y espíritu europeo
<i>Ministro Dr. Mladen Lorcovič,</i> <i>Agram:</i>	El Sudeste y la liberación de Europa
<i>Dr. Remy, Colonia:</i>	Cooperación europea en Africa
<i>Almirante G. von Schoultz,</i> <i>Helsinki:</i>	La lucha por el Mar Báltico
<i>Relatos:</i>	Adolf Hitler en la guerra mundial
<i>General Angelo Gatti, Roma:</i>	El gran hombre
<i>Platón:</i>	Diálogo sobre la ley
<i>Leonardo da Vinci:</i>	Sobre los misterios de la tierra y de la vida
<i>Arturo Schopenhauer:</i>	Máximas de la vida
<i>Marqués de Vauvenargues:</i>	Sobre la potencia creadora
<i>Franz Liszt:</i>	El poder del arte
<i>Pietro de Francisci:</i>	El espíritu de la historia
<i>Cristobal Colón:</i>	El viaje a América

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL
BERLIN W35, FRIEDRICH-WILHELM-STRASSE 22

EL GUARDA

PLÁSTICA EN EL PORTAL DE LA CATEDRAL DE CHARTRES



UNA VISIÓN EUROPEA

ES NECESARIO CONSTRUIR UNA EUROPA NUEVA A
BASE DE IDEAS NUEVAS. NAPOLÉON FRACASÓ,
PORQUE SU POLÍTICA ERA DEMASIADO INDIVIDUAL.
PERO VENDRÁ OTRO Y ESE TENDRÁ MÁS ÉXITO. SE
CREARÁ LA NUEVA EUROPA. DE ESTA NUEVA
EUROPA QUEDARÁN EXCLUIDAS INGLATERRA Y
RUSIA. INGLATERRA SERÁ EXPULSA DA HACIA LOS
OCÉANOS Y LA RUSIA TÁRTARA HACIA LAS ESTEPAS.

VICTOR HUGO.

1842

Decadencia y grandeza de la idea europea

I. El conocimiento europeo.

Desde los tiempos de la antigüedad existe una *idea europea* que constituye a Europa como un *espacio cultural armonioso*, superior a todas las querellas y discordias.

La topografía de su irradiación se ha cambiado en el transcurso de los siglos; a veces el centro se ha trasladado. Algunas regiones que en el sentido geográfico pertenecen a Europa se encontraban antes fuera de «Europa»; originalmente solo fué Grecia la que se sentía europea. Otras veces temporalmente no se incluía en «Europa» otras regiones europeas. Pero siempre volvía a dominar una idea que obligaba a los países que formaban a Europa.

Cada griego, cada romano, cada español, cada francés, cada alemán se sentía *europeo* y sabía que esto era *una responsabilidad y una misión*. Ante todo *los grandes defensores de Europa* estaban animados por este espíritu; los griegos en su época de florecimiento heroico, cuando obligaron a los persas a volver al Asia; los romanos de cuño de Cato que eliminaron el peligro cartaginés; Carlos Martell y los francos y más tarde los españoles al expulsar a los árabes musulmanes, los griegos bizantinos y el príncipe Eugenio, cuando salvaron a Europa de peligros recién surgidos.

Los mismos sentimientos impelían también a los grandes *inventores y descubridores*, a los *navegantes y colonisadores*, a los *científicos* y a los filósofos que todos estaban conscientes de luchar y de trabajar como propagadores, propulsores y predicadores de la *cultura europea*. Se sentían vanguardia y delegados de su patria que en ese momento se hacía cargo voluntariamente *de la responsabilidad por la grandeza y el destino de Europa*.

Esta idea del hombre cultural europeo no tiene nada que ver con la quimera descolorida de Paneuropa que quiere destruir las diferencias y particularidades de las naciones, para conseguir una afinidad niveladora, despreciadora de todas las tradiciones. La idea europea brotó de la tierra vegetal de las *naciones* distintas que recíprocamente reconocen sus diferencias y de las que siempre la más fuerte se hace cargo de la dirección, de la iniciativa y de la responsabilidad por el conjunto.

II. El interregno europeo.

En la edad media cada acción europea considerable intentaba fortalecer o glorificar a la teocracia. «Ad majorem Dei gloriam» era el tema de todas las acciones y de todas las ideas medievales. El dios cristiano transcendental — en particular: la vida después de la muerte en el paraíso o en el infierno, el juez terrible, la futilidad de todo lo terrenal, la vil sensualidad, la merced y todo lo que se deriva aun de la existencia de Dios — eso ha sido la idea europea unificadora de la edad media. Después de la reforma se puso en duda la incontestabilidad absoluta de esta cultura religiosa y con eso también fué perdiendo terreno, incluso decayendo la idea europea común; las luchas más reñidas entre los católicos y los protestantes ocuparon, después todo un siglo.

Pero el conocimiento europeo aun era bastante vigoroso, para buscar tras una idea nueva — la secularización del concepto cristiano del paraíso — la unificación y la solidaridad. Del más allá el paraíso ha descendido a la tierra y se ha instalado en el porvenir. ¡Progreso hacia un mundo nuevo, más dichoso y más civilizado! eso era el grito de la época. Era preciso subyugar a la naturaleza por la ciencia y la técnica para bien del hombre y reorganizar la sociedad por el remedio universal de la «libertad». Perfeccionamiento, liberalismo, fe en el progreso, en la ciencia y en la libertad precipitó a muchos europeos en un delirio de optimismo y de entusiasmo. El paraíso en la tierra solo parecía una cuestión de tiempo.

Una vez más una fe — aunque ilusoria — unía al mundo europeo. Las consecuencias de estas ideas iban irradiando poco a poco por toda la cultura europea. Libertad del individuo, libertad de las naciones, de la prensa, de la opinión, de la ciencia, de la profesión de fe, igualdad como punto de partida de toda libertad fueron exigidas, realizadas y pronto — probadas como absurdas. El cataclismo de estas ideas ha sido descrito demasiadas veces, podemos pasarlo por alto. La desilusión sobre los beneficios del progreso técnico y civilizador era demasiado grande, la dicha anhelada que había de seguir al progreso realmente alcanzado se hizo esperar demasiado tiempo, para que se pudiese conservar todavía la fe, el optimismo y el entusiasmo en la forma antigua. La economía «libre» con su producto, el capitalismo, ha sido sepultado con «crisis económicas» gigantescas, la igualdad de los hombres como principio europeo llevó a la lucha de clases entre plutócratas que disfrutaban y explotaban y obreros proletarizados que declaraban la huelga. También esta adquisición de la civilización se vence cada vez más.

Con la desaparición de una última idea obligatoria común a todos los europeos coincidía además la supresión sucesiva de los dirigentes que a su tiempo se habían sentido exponentes de la idea europea; lo mismo los personajes políticos y científicos que los artistas siempre habían tenido presente por la tradición de las generaciones, que su supremacía era al mismo tiempo una *misión* y una *responsabilidad*. Con la Revolución Francesa se había logrado destruir lo esencial de la nobleza antigua. Corrió la misma suerte la aristocracia de la inteligencia que rodeaba antiguamente a la nobleza y a la corte — piénsese en los minnesinger de la Wartburg, en la vida cultural en la corte española y en la corte de los Medicis, en los innumbrables artistas y hommes de lettres que se reunían en torno de Luis XIV o en el gremio de poetas en la corte de Carlos Augusto de Weimar. En el siglo 19 se trocó en gran parte en una «inteligencia suspendida» de índole socialista o nihilista. Es comprensible que esta época no consiguió formar una nueva clase dirigente. El individualismo prevaleciente enseñaba, que cada uno debía trabajar únicamente en su propio beneficio, el bien común ya resultaría entonces por si mismo. Por el otro lado la idea poderosa de la igualdad impedía también la formación de un grupo de dirigentes; aunque de este modo no se conseguía la igualdad ambicionada, por lo menos las desigualdades de la sociedad nacían como per nefas solamente y se luchaba contra ellas. El resultado fué, que los destacados ya no obraban en nombre del pueblo en general y responsables ante él y ya no fueron reconocidos como clase dirigente, sino los demagogos y los explotadores de la economía trabajaban en su propio beneficio y para su propio bolsillo. La sociedad europea estaba dispersada; ya no existían dirigentes y dirigidos unidos por la confianza y por una idea común, sino «opresores y opresados». Ya no se *completaban* los estados hasta formar un *conjunto*, sino las clases se *combatían* con el fin de instaurar después del exterminio de las demás clases un «paraíso sin clases». Había sonado el siglo diecinueve.

III. La decadencia.

Con esta descomposición espiritual y social de Europa, con la desaparición de una idea y de una aristocracia occidental coincidía la disolución política de la unidad europea. En el momento en el que Inglaterra se presentó con sus *proyectos de dominio universal* y los realizaba poco a poco, Europa *dejó de ser un todo razonable*. Quedó en un concepto cartográfico nada más. Interiormente se desmoronó. Se trocó en un continente que debía ser conquistado por Inglaterra. Con qué medios, eso daba igual: por subyugación

económica, por créditos políticos, por discordia eterna sembrada y atizada y llamada «equilibrio continental» o por la «libertad de las naciones pequeñas» que debían ser protegidas contra el mal vecino.

Cada medio le parecía bien a Inglaterra; su seguridad estaba garantizada por la subyugación de los pequeños y la rivalidad entre los grandes; su seguridad era la inseguridad de Europa; su potencia era la impotencia de las demás naciones. — Versailles significaba el último intento de estabilizar este estado de cosas; enervar a los que eran poderosos por su valor interior y por su reivindicación histórica, a fuerza de crear artificialmente una serie de pequeños vasallos.

Pero Inglaterra ya no obra en nombre de Europa; ejerce su política en su *propio* nombre y para su *propio* poder y bolsillo. Inglaterra no es el portaestandarte de Europa que se siente responsable de *la grandeza y del destino de Europa*, aunque salvaba cuidadosamente tales apariencias; pues Inglaterra sacrificaba las naciones europeas a su propia ambición de poder. Inglaterra que Europa no miraba como nación dirigente se extendía por el mundo a costa y contra la voluntad de las demás naciones.

La destrucción política de Europa tuvo como consecuencia, que en el siglo veinte por primera vez estalló una guerra de exterminio intencionado. — También antes se hizo la guerra. Pero la existencia de una idea europea trajo consigo, que en el fondo se mirara cada guerra como guerra entre hermanos o entre primos, por la que de ningún modo se rompían los últimos vínculos de la comunidad europea. No se guerreaba por eso menos enconadamente, solo que después de la guerra quedaban posibilidades para una reconciliación leal. Era sintomático para ello, que aun en estado de guerra se cambiaba notificaciones sobre alteraciones de gobierno, bodas, nacimientos etc. entre las dinastías beligerantes; incluso la corte vestía de luto en caso de alguna muerte en la dinastía enemiga. Hoy ha desaparecido esta comunidad europea. Desde 1914 Europa ha dejado de existir y solo ahora *podemos volver a esperar un resurgimiento*. Por primera vez en el transcurso de la historia se intentó después de la guerra mundial a desacreditar moralmente al vencido — construyendo una responsabilidad de guerra — y a romper de este modo hasta los últimos vínculos que antes unían a los combatientes y posibilitaban una paz leal. Inglaterra consiguió enervar a Alemania en Versailles; hoy va a la guerra, según admite ella misma, para extirpar a las naciones del Tratado de las Tres Potencias. Ninguna idea *constructiva* apoya la ideología de la lucha inglesa.

IV. El renacimiento de la idea europea.

El establecimiento de un nuevo orden en Europa, conseguido a fuerza de lucha por una nación y una clase dirigente capaz y consciente de la responsabilidad europea, esa es la última finalidad de la guerra, por la que luchan las naciones europeas jóvenes. *La reconstitución de Europa* es el éxito que los países europeos pueden esperar de esta guerra. La creación de una idea europea constructiva y de una clase dirigente son las condiciones. —

El conocimiento de los motivos de la decadencia nos proporciona los medios para precisar la índole y la finalidad del nuevo orden de Europa. En el siglo 19 Europa decayó interiormente, porque la última idea unificadora que la había dominado durante dos siglos no valía nada; pero exteriormente Europa se desmembraba, porque Inglaterra la sacrificó a su idea nacional. Las ideas del liberalismo no valían nada, porque no tenían en cuenta la realidad. La edad media había sabido: La vida es pena y trabajo; solo en el más allá existe un paraíso. La estabilidad de la vida medieval fué perturbada, la población se acrecentaba, comenzó *la lucha por la existencia*, la sociedad quedó desorganizada — y los teóricos alimentaban al público de una fe optimista de progreso y anunciaban el paraíso en la tierra en el próximo porvenir. La *distancia de la realidad* de estas ideologías fué el motivo de su fracaso al poco tiempo y de su decadencia completa al final.

En realidad se plantearon otros problemas a los siglos 18 y 20 que los cuya solución ocupaba a los teóricos. La organización de la masa y la estructuración nacional de Europa resultaron cuestiones vitales de esta época. El concepto de la «masa» se formó en un lapso de tiempo desconcertantemente corto. La economía fué transformada para corresponder a la demanda aumentada. A causa de la producción acrecentada e intensificada aumentaron las necesidades de lujo. Siguieron alteraciones sociales. Se formó una capa de opulentos, de capitalistas, pero al mismo tiempo también el flagelo de la pobreza, una masa de obreros proletarizados que aumentaba constantemente empezaba por amenazar la tranquilidad de la sociedad. La alimentación, la vestimenta, por último la creación de condiciones de trabajo y de vida aceptables para la masa numerosa, esas eran las tareas que se presentaban; pero forzoso, depresión moral y odio de clases eran los síntomas de enfermedad — que no fueron eliminados hasta la fecha ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos —; justicia social, consecución de trabajo, auxilio de invierno, servicio de trabajo etc., según fueron implantados en Alemania y en otros países, esos eran los remedios.

En las democracias liberales no fueron solucionados los problemas. El sistema plutocrático *envenenó* al pago justo y al aprecio de los muchos; la masa hambrienta y deshonrada se organizó en batallones de parados, en ejércitos de huelga, en combatientes de clases. La seguridad de las naciones estaba amenazada por la fuerza efervescente y desorientada de las masas amorfas. A la vez que la solución del problema de alimentar y de vestir a las masas, la época exigía una empresa mucho más difícil todavía: capturar otra vez las energías de las masas, conducir las y emplearlas en fines provechosos. Era preciso organizar las fuerzas de la masa, domar su ímpetu fiero y su salvajismo. A los síntomas de enfermedad se oponía el caudillaje, la estructuración y la organización como remedios. Caudillos responsables que cuidan del bien de la nación y no de su propio bolsillo han de *estructurar* a la masa de crecimiento informe; en grandes organizaciones se la da sus fines y trabajo útil que hace su vida *razonable*.

Junto al problema intrapolítico — social — está el segundo exterior — el nacional. La Revolución Francesa apadrinó a la formación de la idea del nacionalismo en Europa. Ella fué el origen de más de un movimiento nacional auténtico, de más de una idea nacional magnífica que fueron realizados; pero también originó más de un chauvinismo estrecho. Durante esta época Inglaterra jugaba su gran partida, haciendo su política según pretendía en nombre de la libertad de los pequeños países y en esto subyugando y traicionando a todas las pequeñas naciones de Europa en cuanto le convenía a sus proyectos. Versalles por fin acabó por desordenar completamente el mapa político. No se estructuraba las naciones, sino *esferas de intereses* exclusivas de imperios universales. Aunque el mundo empezó a pensar cada vez en espacios más grandes, aunque la economía cada vez más universal se extendía fueron fundados en Versalles a discreción estados cada vez más minúsculos que solo podían subsistir como vasallos de los grandes. En vista de las demás concentraciones gigantescas de poder y de la enorme tensión política entre ellas aun en tiempo de paz, los estados pequeños necesitan ampararse a las grandes potencias. Que sean *justas* la distribución de las esferas de influencia y la protección y que sean *respetadas* las conveniencias nacionales y la individualidad cultural de todos — eso es el imperioso fin actual del nuevo orden de Europa.

La idea unitaria europea tiene por lo tanto una parte social y otra nacional: la reorganización de la masa y la estructuración nacional de Europa.

Ahora importa extender este orden como idea y como realidad sobre toda Europa.

Es preciso hacer la guerra y terminarla bajo esta idea del nuevo orden de Europa, de modo que pueda resultar de ella una *paz verdadera*. Ese es el signo, bajo el que lucha Europa.

Si se cree, que la historia política siempre es dominada por las grandes decisiones espirituales, entonces se estará firmemente convencido de una victoria más definitiva de Alemania y de sus aliados, que ya la dejan esperar los magníficos hechos de arma. Porque es bueno luchar por una causa que es al mismo tiempo nueva y justa.

El holocausto supremo de los estudiantes

Los estudiantes siempre han empuñado el arma, cuando la patria los ha llamado para defender a su libertad y mantener ante el mundo los santos derechos de la nación italiana. Así fué ayer en la historia, así es hoy y así será mañana también.

En los movimientos fervientes de 1848, en las guerras de liberación y en las grandes hecatombes de 1914 ha sido soldado el espíritu de la revolución de Mussolini que ha levantado cada vez más a la bandera tricolor.

Hoy se zanja con las armas la lucha decisiva de liberación, para que por fin se pueda respirar libremente. En las horas de abnegación suprema la juventud italiana experimenta una vez más la inmortalidad de la fe. Esta es nuestra ofrenda para la patria que llama a los mejores de sus hijos. La imparcialidad ferviente de nuestra pasión, el aborrecimiento ante todo lo que parezca ambiguo, nuestra alegría, todo esto pertenece a los valores fundamentales, en los que se puede erguir firme y segura una fe que llegue hasta el cielo. Con esta fe han ido a la guerra los estudiantes fascistas de Italia. Hasta la fecha 649 estudiantes han muerto para la patria, 1074 fueron heridos y 28 recibieron la medalla del Mérito militar en oro.

La certeza del hombre que nos acaudilla es nuestra certeza: con cada latido de nuestro corazón seguimos entregándonos con cuerpo y alma a la causa de la victoria.

Vidussoni,

Secretario del Partido Fascista, Roma.

La batalla entre dos mundos

I.

Hemos marchado miles de kilómetros a través de la Unión Soviética y así la hemos conocido. Vimos las masas de millones de esclavos subyugados, a los que se arrebató el corazón y el alma para transformarlos en instrumento dócil en manos de los tiranos.

Hemos visto la miseria infinita de los millones de campesinos que no eran otra cosa que *máquinas* en una fábrica de trigo. Nada se les ha dejado menos la pura existencia y la procreación instintiva.

Atravesamos los pueblos con sus chozas desmoronadas, en las que vegetaban hombres de caras estúpidas, apáticas, cuya única reacción humana era el *miedo*. Junto a las cabañas miserables, junto a seres extenuados y medio muertos de hambre vimos las máquinas que debían producir para salvar la vida al coloso gigantesco de la Unión Soviética. El terror era la forma de vida de las masas; con sangre y horror se les quemaba en el cerebro las doctrinas superiores del bolcheviquismo, hasta que acabaron por ser esclavos sin voluntad propia.

Tenemos entre nosotros camaradas que antaño se habían encastillado en las ideas bolcheviquistas. Son muchachos honestos, soldados valientes y buenos camaradas. Ellos lo examinan todo con interés especial y a todo prestan oído para enterarse mejor. Pero también son ellos los que más excitados y emocionados están. Se encuentran desconcertados ante estos hechos prosáicos, torturadores y los comparan con lo que antes se les había hecho creer para engañarlos. El contraste entre su concepto anterior y la realidad actual es tan terrible que casi los agobia. Jamás olvidaré a uno que en una hora de descanso me contó la historia de su vida. Era un minero de la Alta Silesia que una vez, en la época más difícil de su vida, había creído en el bolcheviquismo. Me dijo lo que entonces se le había contado sobre Rusia y el bolcheviquismo, comparándolo con las impresiones desconsoladoras de las últimas semanas. Está francamente desesperado y por fin confiesa: «Me da tanta vergüenza.»

Todos nos preguntamos a menudo, si hubiésemos creído en esta realidad que se nos presenta, cuando nos lo hubieran contado. ¡Es bueno que la veamos, esta realidad bolcheviquista! Nos enseña con claridad desmesurada el semblante de un mundo extraño. Nos enseña el destino que estaba reservado a nosotros, a nuestra patria, a nuestras mujeres, a nuestros padres y a nuestros hijos. ¡Nos endurece! Pero también nos impresiona y nos atormenta.

Ya no existe ni alegría ni risa en el país. De día y de noche nos mira *una cabeza de Jano con mascarilla y careta de diablo*. Nos acompaña en la marcha interminable y en las luchas innombrables. Esta campaña se hace implacable y cruel tanto por sus exigencias diarias como por lo despiadado de sus luchas. Las dos cosas se juntan y se identifican, porque las dos provienen del mismo origen. Una semana tras otra hasta contar por meses no vemos otra cosa que ciudades ardiendo, chozas y cabañas decaídas, hombres embrutecidos, vestidos de suciedad y de harapos, niños abandonados, pobreza, miseria y crimen. Sangre y horror de las luchas y batallas sin nombre. Luchamos y marchamos en el infierno de la Unión Soviética.

II.

Hemos entrado en esta plaza para una lidia sin cuartel. Los hombres que en ella se tropiezan son dos especies distintas del género humano, son enemigos mortales. Aquí se zanja un combate que es realmente el padre de todas las cosas. Su resultado decidirá sobre el rostro de un mundo futuro. En el furor de esta lucha hace falta cambiar el mundo, borrar los rasgos de odio satánico y de barbarie, que ya no cuadran con el semblante de un mundo nuevo. Únicamente la espada decide en esta lucha, en la que están destruídos todos los puentes que pudiesen comunicar los unos con los otros.

Cuantas veces en esta campaña se encontró el soldado del frente del Este cara a cara con esas bestias desnaturalizadas. Aun en el furor y en el delirio de la batalla moderna siempre será ese el momento decisivo y más penoso, cuando el hombre enfrenta al hombre, armas en mano, los ojos chispeantes de rabia, el corazón colmado del anhelo de aniquilar y cuando uno tiene que caer, para dejar al otro el paso libre hacia nuevas luchas. Siempre seguirá siendo el momento más terrible, cuando el hombre tropieze con el hombre y se falle el juicio. Bombas y balas al fin y al cabo son algo impersonal, fatal — a ciegas arrebatan y causan heridas aquí y allá. Pero en el momento en el que el soldado de infantería distingue el blanco en el ojo de su adver-

sario, en ese momento se abre el infierno, porque allí ve el asesinato y la muerte, la intención de aniquilar. En el próximo segundo ya se entrelazan los cuerpos; entonces crepitan las culatas y las bayonetas o las palas atraviesan silbando los miembros del enemigo. ¡La lucha cuerpo a cuerpo es sin cuartel! — Tú o yo, ya no existe otra cosa en el mundo. Quien no ha sentido nunca en su cara el aliento caliente del enemigo ni ha visto la sed de sangre en su mirada, ese no conoce el secreto más profundo de la guerra que se manifiesta en ese momento. El hombre es el dueño de las cosas; en su voluntad, en sus manos está la fuerza del mundo. Eso solo lo ha experimentado el que haya pasado por esta lucha implacable y haya salido purificado y fortalecido aun; el que conociendo su propia fuerza y la inmensidad de la voluntad humana a través de cien muertes haya vuelto a entrar por *la puerta de la vida* y pueda decir: ¡Soy vencedor de mi mismo y de los demás!

Los bolcheviquistas buscan la lucha cuerpo a cuerpo. Creen poder arrollarnos a fuerza de la *masa*. La violencia temible de esta lucha ha de cansarnos. ¡Cómo se equivocan! En estas horas y en estos días el soldado europeo se ha sobrepasado a si mismo, ha experimentado la fuerza indomable que su alma encierra y como nunca hasta ahora se ha dado cuenta de la resistencia de su corazón y de la fuerza de sus brazos.

Triunfo de lo humano que no venza la fuerza brutal, sino la *voluntad del hombre superior*. Cien generaciones viven en nosotros; antepasados y padres nos han dejado su herencia y nos han hecho hombres que atraviesan fuego y sangre sin perder su *humanidad*. Cien mundos giran en nuestros cerebros que han pensado y luchado hasta los límites de lo imaginable, que han creado ideas y proezas que no rozará jamás ni el aliento de estas masas bárbaras.

III.

Mucho más que de la lucha entre los cuerpos se trata ahora de una *lucha entre las almas*, lucha a muerte y a perdición. Quieren romper en nosotros nuestros corazones resistentes, nuestra fe, todo lo que nos eleva muy por encima de ellos, porque creen que entonces podrían ganar la lucha. ¡Y la ganarían, si lograrían eso! ¡Pero la lucha les arrollará a ellos mismos, porque no nos conocen! Desde hace tiempo ya no luchamos ni por victorias ni por éxitos, como los conocimos en otros combates. *El Occidente entero lucha con nosotros, con cada uno de nosotros su última lucha decisiva*. Dos mundos se baten, de los que el uno tiene que hundirse y será

hundido, porque sino la historia mundial hubiera perdido su sentido. Cada soldado se da cuenta perfecta de la violencia de este combate, comprendiendo que es la de una batalla en la que lucha con nosotros todo lo que una historia milenaria haya implantado en nuestros corazones. Y las ánimas buenas de nuestros camaradas muertos en tierra rusa resucitan en nosotros día tras día y nos exhortan a no cansarnos.

El bolcheviquismo ha desplegado sus formas más satánicas; asesinando, incendiando y cometiendo crímenes lucha contra nosotros con un odio sin límites. El horror de las luchas cuerpo a cuerpo ha de paralizar nuestros corazones. Aliados con los crímenes más abominables, con los espíritus del infierno que en forma de los destacamentos judíos se deslizan a lo largo de los campos de batalla, para mutilar y asesinar sin compasión a los heridos y a los dispersos, quieren quebrar en nosotros la voluntad y la acometividad indomables.

Todo lo que se nos presenta es puramente bolcheviquista; en general debemos desacostumbrarnos a juzgar cualquier cosa en este país y en esta lucha sin asociación al conjunto. *Todo* lo que hace el bolcheviquismo resulta de las mismas ideas y por lo tanto en el fondo es lo mismo. El estilo de la *estrategia* contra nosotros es igual de bolcheviquista como la solución de sus problemas *interiores* o su *guerra civil*. Como no nos pueden vencer en el combate nos quieren avasallar por el horror ante el destino que nos acecha constantemente. Con la guerra partesana, con la lucha de emboscada o si es posible cuerpo a cuerpo, con la tortura y la mutilación de los heridos o dispersos, de modo que se nos erizan los pelos de espanto cuando los encontramos — con todo eso no tanto intentan lograr un éxito militar, sino más bien ejercer un terror moral sobre nosotros. Este método se dirige contra todos, apunta al corazón y a las entrañas de cada soldado alemán, de cada uno de sus aliados que deben sucumbir bajo la constante carga moral. Un plan satánico, digno de sus inventores judíos. No es otra cosa que la transmisión de la forma de gobierno sobre las propias masas a la estrategia. Aquellas masas sucumbieron al terror y ya solo vegetan como cuerpos que sirven a sus dueños.

¡Pero nosotros mobilizaremos contra ellos las fuerzas, contra las que han de estrellarse! Así es que realmente se ha empeñado un combate, en el que el tropiezo de los cuerpos es solo la manifestación de una lucha gigantesca, en la que están en pie de guerra todas las fuerzas y todos los valores de dos mundos, en la que *naciones e ideas, pasado, historia y fe en el porvenir,*

espíritus y almas de generaciones entran en liza con sus descendientes, para buscar la gran decisión.

Vemos este desenvolvimiento con ojo alerta. El bolcheviquismo mismo nos ha enseñado, que en esta disputa no debe quedar nada por decir. Nos hemos hecho duros como el acero, somos todo voluntad y determinación. Sabemos, que el destino está entregado a nuestras manos y lo dominaremos. La tropa joven de esta guerra se ha transformado en hombres endurecidos, experimentados; sus ojos han visto tanto que en sus filas ya no caben ni canciones ni risas. Pero en esos ojos arde el *resplandor feroz de la lucha*, la voluntad y la audacia indomable que vencerá todo, sea lo que sea.

IV.

Eramos soldados jóvenes y creyentes de una revolución, pero solo conocíamos la existencia de una parte del mundo. Contra la otra luchábamos por instinto certero y por claridad de pensamientos, adquirida en las disputas reñidas de nuestra propia nación.

Ahora hemos visto este mundo contrario al nuestro y estamos profundamente conmovidos e impresionados por el contraste de dos formas de vida, dos mundos, que juntos no caben en la tierra. Fuimos purificados: jamás ningún hombre podrá experimentar ni ver, lo que cada uno de nosotros tomó a su cargo en esta prueba extrema y que soportaremos hasta la última decisión. En esta guerra se ha formado un ejército de soldados, de los que cada uno es un combatiente plenamente consciente, profundamente creyente y capaz del sacrificio supremo. Cada uno ha pasado cien veces por todas las pruebas de confirmación y las ha aprobado todas.

La fe y el saber han creado al soldado revolucionario auténtico que conoce todos los secretos de la vida y del morir, que está plenamente convencido que es posible aguantar incluso la muerte, pero no una vida como él la ha visto en la Unión Soviética. En su persona el pasado, el presente y el porvenir forman una *unidad inseparable*. Él lucha por todo lo que era santo para las generaciones pasadas, por la seguridad de su patria en la lucha decisiva de la nación y por la vida de sus hijos en un mundo mejor, cuyos primeros albores salen por el horizonte del Occidente. Nada es la muerte, nada el calor ni el frío ni todas las privaciones de una lucha penosa comparado con *el raudal imponente de fuerza y de confianza* que diariamente afluye al soldado desde su saber creyente y su recia cognición de la necesidad superior de esta batalla decisiva. Los antepasados y los padres luchan con él

que es descendiente consciente de una historia milenaria. Sus virtudes son las suyas. Por la potencia creadora de su época añade fuerzas nuevas, para las que las influencias destructivas de la guerra solo son medios necesarios en la lucha del mundo y que manifestarán un día bajo la forma plasmadora y constructiva de *una Europa futura* su sentido más profundo. Con esta fe y con estas fuerzas el soldado alemán obtendrá junto con sus aliados la decisión que él mismo ha tomado al darse cuenta del sentido profundo de esta lucha. Para él el día de la victoria será el colmo de la satisfacción. Porque sabe que es el comienzo de una época nueva.

El ejército de Europa lucha uno por uno en la Unión Soviética. Tengo presentes a todos los camaradas — a los cientos de miles que luchan en tierra rusa y a los muchos que yacen en aquella tierra bajo las cruces brillantes de madera de abedul. Todos ellos forman un ejército, una fuerza, una voluntad — la potencia altiva del Occidente contra las masas de las estepas orientales.

Nuevas batallas estallarán. Cientos de kilómetros de carreteras rusas harán doler nuestros pies. Nosotros ya lo hemos visto y lo hemos experimentado todo. Ya no asaltaremos con el ímpetu arrebatado de los jóvenes que sentimos aun cuando formamos para el gran juicio. Ahora somos adeptos — callados, lacónicos y serios.

Nos han templado todos los fuegos del infierno; el sol abrasador y el aliento helado de las estepas nevadas nos ha quemado; presentes tenemos tanto los aspectos de una existencia en la locura de la idea más satánica que jamás concibiera la humanidad, como el saber de la atrocidad sin cuartel con la que tiene que terminar esta lucha igual que empezó.

Hemos soportado todos los sacrificios que generaciones antecedentes hicieron por la vida de nuestra nación en los tiempos más penosos. Su fuerza, su ley vive en nosotros como una realidad. Nosotros contemplamos con ojos tranquilos y creyentes las banderas de asalto de nuestra revolución que nos enseñó el sentido de una existencia digna de ser vivida.

La rueda solar gira sobre la Unión Soviética — entre llamas y sangre nace un mundo que ha de brindar a nuestros hijos espacio y paz para un porvenir dichoso. Nosotros lo plasmaremos. Hemos atravesado el infierno y nos ha templado hasta llegar al pleno conocimiento y a la dureza suprema — nuestra fe es más firme e inmutable que nunca. Hemos conocido ya a la muerte y a Satanás — nuevas muertes y nuevos infiernos no nos asustarán. ¡La victoria es nuestra!

Notas de un Diario

Estamos preparados. Ayer se observaron concentraciones de tropas rojas al otro lado del río, entre los pueblos X y Z. Por fin, a las tres de la madrugada se oye un «paqueo» cada vez más cercano. De los puestos avanzados nos dan el «alerta» y nos colocamos en nuestros puestos. A la derecha, el enemigo ataca y debe de estar ya en contacto con los nuestros. Sin duda quieren desquitarse de la derrota de las dos últimas noches. Paréceme leer en los rostros de mis camaradas el mismo frío razonamiento: «Ellos se empeñan en atacar. Bien. Nosotros dejaremos la helada superficie del río cubierta de cadáveres.»

El enemigo insiste en el «paqueo». Nuestras bengales delatan su presencia y situación. A mis lados se incorporan ligeramente los cuerpos de mis compañeros para apreciar la distancia y medirla en el alza del Mauser. Estamos tumbados sobre la nieve. La tempestad de ayer tapó las trincheras y se han formado montones de nieve ante ellas. La luna aparece a ratos y cuando su luz no baña este interesante escenario, el enemigo adelanta unos metros y se pega al terreno, pero una bengala denuncia este movimiento. Nuestras máquinas hacen un fuego infernal sobre el grupo compacto que prefiere estar en el suelo a avanzar desplegados. Los variados colores de las trazadoras y bengalas dan cierta belleza al combate. «¿Porqué no se acerca más el enemigo? ¡Qué lástima no poder descocerle el abrigo con las bayonetas!» Estas y parecidas frases brotan de nuestros labios.

El frío es intenso... a veces ponemos las manos en el cañón del fusil cuando está caliente de tanto tirar... Recordando otros tiempos, cuando luchábamos con los rojos en España, cantamos en voz alta para que el enemigo nos oiga y sepa que aquí hay españoles. También le dedicamos frases irónicas como estas: «Por favor, acérquense señores, no se estén ahí tan quietecitos, pasando frío. Vengan que aquí repartimos leña de sobra.» «¿Hay en ese grupo algún comisario? Que hable un poco. Se le obsequiará desde la máquina con una cinta medio metro.» Es el eterno humor del

soldado español, capaz de bromear en las circunstancias más críticas.

Una repentina llamarada ilumina el terreno de nuestra izquierda. Por las últimas callejuelas del pueblo de N. se han filtrado unos cuantos rusos, borrachos por el vodka. Se han refugiado en un caserón, pero este ha sido incendiado. Por donde únicamente podían salir han emplazado los alemanes una máquina. ¡Qué cuadro! Las fieras rojas, asfixiadas, intentan salir y allí quedan unos veinte con sus bayonetas triangulares.

Está amaneciendo y el enemigo, temeroso de la luz, se retira a sus posiciones poco a poco. Cada salto que dan les cuesta unas docenas de vidas. Terminado el encuentro nos vamos a calentar un poco. Todo son comentarios. Estamos satisfechos todos por el éxito obtenido y alemanes y españoles nos felicitamos mutuamente. En el río han quedado trescientos rusos...

Una noticia nos conmueve profundamente; aquel ataque rojo, a nuestra derecha hacia el poblado de U., tuvo más importancia de la que creíamos en los primeros momentos.

Fué tan abrumadora la superioridad numérica del enemigo que lograron poner pie en varias casas. Ni por un momento decayó el ardoroso espíritu de nuestros camaradas y con granadas de mano fueron recuperando el pueblo casa tras casa. Se acabó la munición y entonces se caló la bayoneta. Esta no podía gastarse, era de acero... El enemigo, desconcertado ante tan temeraria operación fué abandonando el terreno. Cuando de nuevo llegaron los nuestros a las avanzadillas donde habían tropezado los rojos con los primeros españoles ¡qué cuadro se ofreció a sus ojos! aquellos valientes estaban clavados en el suelo por los golpes de pico de los rojos. Habían jurado no replegarse de ningún modo... ¡clavarse en el terreno antes que ceder!

Revolucionando las leyes de la naturaleza, el león vive y ruga en los glaciares rusos por primera vez. Es el León hispano, ¡es la gloriosa tradición de nuestra Infantería!

La orden del día cita en lugar preeminente a los héroes de esta avanzadilla. Todos nosotros sentimos la honda satisfacción de haber cumplido con nuestro deber y, sobre todo, de *no haber faltado a la cita*, de haber venido aquí donde se alinea lo mejor de la juventud europea en su lucha contra el bolchevismo.

MARCEL DÉAT, PARIS:

Europa y sus naciones

No parece como si en 1919 Francia y sus aliados hubiesen tenido un concepto claro de su responsabilidad histórica. Pero la victoria no solo otorga derechos, sino también responsabilidades. Entonces resultó la obligación de reconstruir una Europa viable. Después de un regateo durante años y de intentos inútiles de salvar Europa ha sucedido un fracaso vertiginoso.

Solo hoy se nos anuncia la formación de una Europa completamente nueva, cuyos contornos, aunque vagos todavía, hemos vislumbrado ya. No acaso una Europa en la que una tendencia ingenua de igualar coloca *teóricamente* en un mismo nivel a las naciones grandes y pequeñas, mientras en *realidad* y entre bastidores se abusa de una nación contra la otra haciendo política de alianzas, sino una Europa armoniosa y eso significa, que *las naciones de Europa unidas en trabajo común* ejecutarán más que cada estado débil por sí solo.

En cambio no significa el predominio exclusivo de una sola potencia, sino significa ante todo responsabilidad por la *comunidad*. En cierto modo el poder tiene una importancia secundaria, es indicio exterior de calidades *más esenciales*: disciplina, trabajo, renuncia al egoísmo, adaptación a los intereses comunes, conciencia de la responsabilidad por el bien común. La armonía que de ahí resulta se forma orgánicamente y es que surge menos del poder militar que del orden natural de sucesos especiales en las distintas partes de un cuerpo enorme. Pues la Europa totalitaria abarca *todos los sectores de la vida*: sucesos materiales igual que el desarrollo de la vida espiritual y del arte.

Esta comunidad significa ante todo una *solidaridad* económica fundamental, conducción de miras amplias de la *producción*, del *intercambio de bienes* y del *crédito*, además cierta asimilación entre las instituciones sociales y políticas, sin que eso suponga una coordinación exterior o un peligro para la particularidad inviolable de las distintas naciones.

¿Puede la cultura ascendiente del siglo veinte pretender algo más sublime que una síntesis armoniosa de todas las *particularidades* nacionales que en el transcurso de los siglos formaron el ambiente rico y fecundo del espíritu europeo? Unidad europea no significa acaso centralización, sino una inteligencia que guíe y que se encuentre en toda la administración de sus distintas partes.

Europa se plasma. Se descubrirá que este proceso se cumple conservando las particularidades nacionales, sin que en adelante se abuse de una nación contra la otra como se hizo hasta ahora por seguir existiendo en el mundo moderno la anarquía feudal de tiempos pasados. Y por fin se ha comprendido, que está permitido a una nación atender a su propia manera de ser y proteger a la singularidad de su cultura, adaptando al mismo tiempo y a pesar de eso su economía a la economía general de un gran espacio y reconociendo, que no se puede ni desatender ni alterar en su solución a los problemas políticos del continente europeo entero por el ciego egoísmo de cada estado que se abroquele de sus fronteras.

No significa perder a Francia, si la incluimos en esta gran comunidad europea, sino al contrario *conservarla*, hacerla prosperar y ofrecer un campo de acción mayor al desarrollo de su ser. Sí, incluso significa — ¡y eso no debemos olvidarlo! — salvar a Francia. Porque actualmente Francia se encuentra todavía en un estado de confusión y tristeza, de desaliento y debilidad y de incertidumbre absoluta sobre su destino futuro. Hay hombres entre nosotros que todavía creen poder conjurar al estado pasado; predicán venganza, resistencia, odio; desean que siempre de nuevo el pasado nos suba hasta la garganta como un río de amargura. Su último fin es el de alejar a Francia del camino seguro de la realidad y de refugiarse a cualquier mundo de fantasía. Lo que pretenden es puro desvarío. Dejarlos predominar significaría esperar el fin del mundo.

Pero no permitiremos ese desvarío que algunos entre nosotros quieren citar como actitud ejemplar. Y la nueva Europa se *formará* con una Alemania, una Italia, una Francia, una España y con todas las demás naciones que merecen vencer todas las dificultades presentes y seguir viviendo. Vendrá una época que fundirá a las distintas naciones en una comunidad, como se auna bellas piedras bien labradas. Acaso también podría compararse la construcción de esta Europa nueva con una hermosa catedral medieval. Escojo esta comparación, porque también en esta obra de esfuerzos humanos el estímulo fundamental es *la confianza y la fe*, una fe que pondrá de manifiesto el renacimiento de la vida.

Los unos, víctimas de la muerte o de la transmutación, luchan desesperados por la estabilidad de la libra esterlina y del dólar, mientras los otros llevan una lucha sublime por el Dios que adoran en su propio corazón, cuyo Imperio se manifestará en signos visibles en un mundo que parecía haber perdido a su Dios.

EMBAJADOR TODOR NEDKOW, SOFÍA:

Idea nacional y espíritu europeo

Si la guerra actual que aspira a eliminar los dictados de París que han creado condiciones insoportables para la convivencia internacional es revisionista por los motivos que la han causado, la paz que brindará a la humanidad será de naturaleza revolucionaria en toda la extensión de la palabra, porque para poder organizar y asegurar la paz por mucho tiempo hace falta cambiar a fondo todas las condiciones que determinaban hasta ahora las relaciones internacionales y crear otras que no ofrezcan pretexto para conflictos por defender ventajas políticas o el dominio universal: Se creará una *comunidad* internacional, en cuyo nombre se equilibrará todas las tensiones entre los distintos estados y se formará la base de una cooperación internacional leal que tiene el fin de garantizar el bienestar y el progreso de todos los miembros de la comunidad internacional, encontrando cada uno condiciones favorables para una existencia pacífica e independiente en el sentido político, económico y cultural.

Bulgaria que observa a los sucesos exteriores en conjunto no ha perdido ninguna ocasión para manifestar su disposición a hacer nuevos esfuerzos y sacrificios para *secundar todos los impulsos* que pretenden la organización del nuevo orden de Europa.

Cada nación tiene su destino dependiente de su *suelo* y de su *misión histórica* que ha de cumplir para asegurar su existencia y su *desarrollo*. Por eso la evolución de la nación búlgara ha de verificarse también dentro del margen trazado por su situación geográfica y por las leyes de su idea nacional. Como todas las naciones también la nación búlgara tiene su vida moral instintiva que se refleja en sus *tradiciones*, su *fe* y sus *costumbres*.

La nueva Europa, la madre de una nueva civilización homogénea, no podrá ni querrá seguramente excluir de su doctrina política e internacional la idea nacional, el amor y el apego al terruño y los vínculos irrompibles de la tradición, las virtudes y los defectos incluso que constituyen la *imagen individual de una nación* y menos porque la idea nacional *no excluye* al espíritu europeo, sino se *une* con él en cooperación íntima.

En esto también hace falta encontrar la *explicación* para el carácter revolucionario de la paz que la guerra actual brindará a la humanidad entera. Desdeluego no será una paz con el espíritu de Versalles y de Neuilly, sino una paz basada sobre el

derecho y la *justicia*, por cuyo aseguramiento las potencias del eje y sus aliados hacen actualmente las luchas épicas y soportan sacrificios innumbrables, garantizando su triunfo.

La paz que después de la guerra actual se construirá sobre fundamentos sólidos y duraderos también debe restablecer la comunidad europea sobre una base nueva que garantizará un reparto justo de la producción internacional, aumentará la capacidad adquisitiva de las masas y creará una cooperación mucho más íntima del intercambio comercial. Un proyecto realmente complicado, pero conveniente y viable que atrae hoy día la atención de todas las naciones que son verdaderos promotores de la paz y de la reconciliación internacional.

La nueva Europa basada en la fusión íntima de aflujos vigorosos y continuos de fuerza espiritual y material será una realidad grande y hermosa que justificará por completo los sacrificios hechos y cumplirá nuestras esperanzas en un futuro mejor. *La humanidad entera* se interesa para esto y para el día de mañana con sus tareas esenciales. Hoy la guerra es legal para todos y todos conocemos la grandeza de los resultados que ambiciona. Todo es soportable si estamos una vez convencidos que después de la tormenta y de la aflicción llegará *el día de la justicia y de la reconciliación*. Nada nos parecerá demasiado difícil y ningún sacrificio demasiado grande mientras conservemos en nosotros la esperanza de una comunidad internacional, una comunidad basada en las relaciones humanas y legales y en los *ideales humanos*. Cuando el día de mañana nos traiga la paz y el entendimiento deseado entonces nuestros sufrimientos y nuestras privaciones actuales nos parecerán insignificantes.

Nosotros los búlgaros tenemos confianza firme en ese mañana radiante: reconocemos claramente la tarea que hace falta cumplir para aguardar dignamente ese día.

En esta tarea hemos empleado toda la energía de la nación y su actividad en todos los sectores de la agricultura, de la industria y del comercio, de los que nos esforzamos sacar todo lo que puedan rendirnos. Solo hace falta compaginar todavía mejor nuestros esfuerzos, consolidando también al interior nuestra unión espiritual y social. Ya existe indudablemente, pero debemos extenderla y asegurarla en *todos* los sectores de nuestra actividad política y pública. También hemos dedicado a esta tarea las adquisiciones de los esfuerzos seculares, el trabajo tenaz y la constancia de nuestra historia antigua y agitada que nos dan derecho legal y que nos apoyan en nuestra fe y en nuestra esperanza en un mañana más dichoso.

El Sudeste y la liberación de Europa

En la época después de la guerra mundial nadie tuvo que sufrir más bajo el triunfo del materialismo sobre el espíritu europeo que las naciones pequeñas y medianas del Sudeste que en contradicción a todo el palabreo sobre autonomía no fueron acogidas como «hermanas liberadas», sino entregadas al libre albedrío de los vencedores. Naciones fueron esclavizadas, dispersadas, apriscadas en pseudoestados artificiales, individualidades nacionales enteras fueron extinguidas. Comenzó una época casi desesperada, en la que el sufrimiento moral excedió todavía al sufrimiento físico.

El enderezamiento nacional de Alemania y la revolución fascista no son únicamente la insurrección de dos naciones amenazadas en su existencia, sino eran la erupción de las antiguas y auténticas *fuerzas culturales de nuestro continente* contra la preponderancia de un materialismo de dos caras de Londres y de Moscú.

Han caído los Estados tributarios, los guardas del calabozo, en el que se iba a enterrar la grandeza y la libertad verdadera. Ahora los muros se quiebran bajo los golpes impetuosos de las naciones del Tratado de las Tres Potencias, se levantan de los escombros de aquella cárcel todas las naciones violentadas en nombre de la seguridad y de la paz mundial.

La expulsión de la plutocracia británica del Continente europeo trajo la liberación de las naciones en el Este de Europa: Sobre la base nacional se irguió en este rincón tormentoso de Europa una comunidad nueva que garantiza absolutamente la paz y el trabajo.

Pero sobre esta comunidad nueva de las libres naciones de la Europa oriental gravaba la pesadilla de una vecindad peligrosa. Desde hacía siglos era el objeto de los Zares someter a los Balcanes, para avanzar desde allí hacia el centro de Europa y llegar hasta el Mediterráneo. Muchos años más tarde volvió a aparecer la mano de Rusia en el juego de la camarilla de oficiales de Belgrado. General Simović solo emprendió el golpe de Estado criminal del 27 de marzo, cuando estaba seguro del apoyo de Rusia. El Zar rojo del Cremlín ha conservado las tradiciones de sus predecesores.

Así es que la gran guerra actual de liberación fué desde el primer día una guerra de liberación para Europa contra las potencias de la reacción y de la anarquía.

Cooperación europea en Africa

DR. REMY, COLONIA, PRESIDENTE DE LA DIRECCIÓN DE FERROCARILES DEL REICH:

I.

Las condiciones político-viales.

Concerniente al continente africano la organización económica del tráfico en las colonias debe partir indudablemente del principio, que no corresponde a nuestro concepto de trabajo colonial *explotar* un continente; es decir, según dieron el ejemplo los ingleses principalmente, hacer avanzar únicamente ramales y vías de comunicación aisladas hasta los lugares de producción, transportar los productos a la costa por el camino más corto, entregarlos a ser posible al pabellón británico para el transporte a Europa y además dejar desaparecer en bolsillos británicos las ganancias intermediarias, aprovechando los emporios principales Londres y Liverpool. Organizando el tráfico debemos retener como innovación absoluta la idea, que según una palabra del Duce hay que mirar a «*Africa como el continente suplementario de Europa*» o según lo ha expresado un erudito alemán «*Africa significa el complemento de materias primas para Europa*». De ahí resulta la tarea de enlazar en adelante al continente africano con la nueva Europa en forma completamente distinta de la que se ha practicado hasta ahora principalmente o casi exclusivamente por las grandes rutas navegables del Océano Atlántico e Indico.

Después de esta guerra se trata de construir *vías nuevas de comunicación* extensas y rápidas entre el Africa Central y la costa septentrional, para *empalmar* desde los puertos de allí por las vías marítimas más cortas *con la red ferroviaria europea*. En eso tenemos muy presente, que actualmente ya existe una vía ferroviaria de 5100 km desde el centro de la Europa central Berlin por Viena, Constantinopla, Damasco, Jerusalén, por cima del canal del Suez hasta el Cairo y Assuan que solo tiene el defecto de que la vía normal está interrumpida en una extensión de 366 km de Rajak a Haifa por una parte intermedia de vía estrecha (1,05 m). Surgen otra vez proyectos antiguos como el de una vía de comunicación bajo el Estrecho de Gibraltar y pensando en el gran fin vial susodicho se aproximan de su realización. Si se gana una paz que excluya en el porvenir una disputa militar en suelo africano de modo que solo dominaría el punto de vista económico en la ampliación de las vías de comunicación o si también en las colonias

futuras hace falta tener en cuenta la defensa del país, en ambos casos la tarea será la misma: *construir por tierra vías de comunicación más rápidas e independientes de los contratiempos de la navegación.*

En esto la extensión inmensa del continente africano no debe inducir a proyectos que en el caso dado tardarían más de un siglo en dar resultado, pues no se debe olvidar que Africa es un continente que solo cuenta tres o cuatro habitantes por kilómetro cuadrado. Por lo tanto hace falta organizar la economía vial adaptándola íntimamente a las necesidades reales de la economía y también a una *política demográfica*, haciendo establecerse a las tribus nómadas. Los gastos inmensos para nuevas vías de comunicación cuya extensión ha de contar por miles de kilómetros cada vez, la trágica falta de obreros también en el continente africano, las dificultades de la economía de construcción que indudablemente durará todavía una temporada después de la guerra, las dificultades de proporcionar máquinas de construcción, la falta de materiales (hace falta importar en Africa todo el cemento), las dificultades de procurarse materiales de construcción en el mismo suelo de Africa, donde sobre todo en los desiertos del Africa septentrional hace falta acarrear el balasto para las capas de los rieles o piedras para el afirmado de las carreteras, ponen límites, aún a los proyectos de mayor alcance.

Sin embargo seguirá siendo nuestro fin tener siempre presente la cuestión vial de toda Africa cuando solucionemos problemas de detalle.

Durante 60 años se discutió sobre *la construcción del Ferrocarril del Sahara*; parlamentarios, económicos y militares hablaban en pro y en contra, hasta que de los tres trazados de la línea principalmente discutidos, el occidental, el oriental y el central, se admitió por fin como ejecutable el trazado occidental. Enlaza con el ferrocarril de Oran, Colomb-Béchar; pero este solo tiene una vía estrecha de 1,055 m y por eso hace falta reemplazarla por una vía normal hasta la costa de Oran. Esto se realiza construyendo una línea nueva de Colomb-Béchar al norte hasta Bou-Arfa. Entonces la línea occidental toma el rumbo más directo hacia el Sur por el oasis Roggan siguiendo a la autovía hasta bajar al oasis In-Tassit. Allí la línea se divide en un ramal oriental a Niamey y en otro occidental a los algodones de Segou y Mopti. Esta línea occidental es la más corta de los trazados propuestos. Hace 20 años aun era generalmente rechazada porque conduce durante unos 1000 km a través del Tanezruft que no tiene agua alguna y se dudaba por eso que fuese posible primeramente la construcción y después ante todo la explotación con la locomotora de vapor. Actualmente

métodos modernos de construcción que vencerán estas dificultades y sobre todo el empleo de la *locomotora Diesel* posponen estos inconvenientes a los de los gastos mucho mayores y del período mucho más largo que exigiría la construcción en comparación con los que se necesitaría para la línea oriental y central (de 10 a 15 años la una, 8 años las otras), aunque las condiciones de la alimentación de agua serían más desfavorables. La línea oriental únicamente tendría la ventaja de comunicar mejor con el *Africa Central*, el lago Tschad y la punta septentrional del Camerún. En ese sentido la línea oriental encuadra mejor con la red de comunicaciones de toda Africa según se puede imaginarla en el porvenir.

El trazado de la línea evita ante todo las regiones de frecuentes remolinos de arena, rebusca cuidadosamente las aguadas que tienen igual importancia para la construcción como para la explotación y el aprovisionamiento del personal, elude grandes construcciones artísticas e intenta contentarse con elevaciones reducidas de 1 : 200 todo lo más, para garantizar una velocidad de viaje de 60 km por hora, es decir una velocidad máxima de 80 a 100 km por hora. Hoy todavía se mira como técnicamente imposible poner un tren eléctrico, porque siempre se tiene que contar con la eventualidad de interrupciones malévolas en los largos trayectos abandonados, aunque durante los últimos diez años en el servicio de autobús ya no se ha oído nada de asaltos en el Sahara.

Se calcula que en lo sucesivo casi ninguno de los europeos que trabajan en la costa de Guinea (actualmente se les tasa en 25 000 a 50 000) emprenderá su viaje de licencia por mar, si se le ofrece el camino mucho más corto que ahorra tiempo y teniendo a su disposición los trenes cómodos y directos del Ferrocarril del Sahara, excelentemente equipados, con coches libres de polvo, con instalaciones climáticas, coches-cama y restaurant. Las calculaciones sobre el tránsito cuentan con una carga de 300 000 toneladas anuales por lo menos que según el desarrollo de los cultivos del Niger probablemente llegará pronto a 700 000 toneladas y más. Los precios del viaje a Europa y viceversa importarán más o menos la mitad de los precios actuales por mar. El transporte de una tonelada desde la región del Niger hasta los puertos del Mediterráneo costará seis veces menos que actualmente por el Atlántico. No se puede ni comparar siquiera los gastos para el transporte de una tonelada con la camioneta por ejemplo por la autovía del Sahara a los gastos por ferrocarril que importarían de 10 a 20 veces menos.

Se cree imposible la construcción de una carretera en esta

extensión de unos 3000 km por falta de materiales adecuados. Pero también para la construcción del ferrocarril este proyecto plantea enormes problemas de organización. Sin embargo después de todos los preparativos no se podrá dudar de la factibilidad de tal construcción y tampoco hace falta temer que la empresa pudiese resultar un fracaso económico. Según calculaciones muy escrupulosas, contando con un desarrollo lento, después de treinta años resultará un excedente además de los gastos de explotación y de la remuneración. Como colaboraron en estos cálculos los conocedores más eminentes del imperio colonial del Norte de Africa no se necesita dudar de sus consideraciones.

Recientemente se piensa también en *una vía de comunicación bajo el Estrecho de Gibraltar*, en la construcción de otro Ferrocarril del Sahara cerca de la costa occidental del Atlántico que llegue hasta Conakry, desde donde es posible hacer la travesía a Pernambuco hasta América en tres días. Tal vía significaría entonces la *comunicación más directa y más cómoda entre la Europa central y la América del Sur*.

Naturalmente el tráfico de ferrocarriles colonial tampoco puede prescindir de aprovechar todas las adquisiciones de la técnica moderna. Tiene que pensar en acelerar notablemente *la velocidad del viaje* para los trenes de viajeros.

Para lograrlo conviene emplear el automotor que ya ha operado cambios grandes en el tráfico de los ferrocarriles africanos.

También se discute cada vez más vivamente el tema de electrificar a los ferrocarriles coloniales. Es verdad que no se puede nombrar como ejemplo la electrificación de los ferrocarriles coloniales en la Unión del Africa del Sur y de los ferrocarriles de circunvalación de la Ciudad del Cabo, porque allí se trata de condiciones parecidas a las de los Estados industriales de Europa. En cambio en Marruecos han sido traspuestos largos trayectos a la explotación eléctrica para poder pasarse del carbón que en Africa es caro y escaso. Es necesario que esté disponible la *fuerza hidráulica* adecuada. Todavía los ferrocarriles africanos queman el carbón inglés de Cardiff, pero en la costa de Guinea y en el Este cuesta más de 40 marcos por tonelada y a veces todavía aumenta mucho de precio. El carbón Natal de Sur-Africa no vale gran cosa, pero se usa sobre todo para los ferrocarriles de la costa oriental por falta de mejor combustible.

También en Africa será uno de los problemas más imperiosos de la política vial el de evitar una *competencia estéril entre carreteras y vías* y a veces incluso con la navegación fluvial. La solución más viable será siempre la de librar a los ferrocarriles que luchan

penosamente de la obligación de tener que pagar rédito de capital. Entonces se reglará por si misma la *distribución del tráfico*, partiendo de la misma base que el tránsito en las carreteras y en las aguas continentales.

El tráfico no se detiene tampoco en la frontera de la colonia, pasa a la colonia vecina y abarcará por último grandes vías de comunicación tanto en la dirección del Occidente al Oriente como en la del Norte al Sur a través de todo el Continente. Por eso, parecido al ejemplo europeo, también en Africa se necesita una *cooperación entre las colonias* que segun el ejemplo secular del tráfico europeo ha de comprender tanto la organización de ciertas unidades técnicas como la transición de vehículos de un ferrocarril al otro, como la implantación de tarifas generales. Aquí se abre un campo de acción imponente para la administración organizadora.

La cooperación entre las colonias no comprende solamente el tráfico por tierra, sino también el tráfico aéreo. Es intolerable, que únicamente por la razón de estar prohibido volar sobre espacios políticos se siga usando líneas aéreas que salven *rodeos de miles de kilómetros*. La comunicación futura entre Europa y la Ciudad del Cabo *en línea directa* sobre Tripolis, lago de Tschad, Duala y Loanda hará posible llegar a la Ciudad del Cabo en tres días y medio. Así es que también al tráfico aéreo se abre un porvenir grande y nuevo. Pero la ampliación de la red ferroviaria redundará en provecho tanto del tráfico automóvil como *aéreo*, porque la vía ferroviaria seguirá siendo capaz de transportar a los precios más baratos las cantidades más grandes de gasolina y de piezas de recambio al interior del país, que hoy en día hace falta llevar a los distribuidores de gasolina en el interior de Africa en parte con auto-orugas que se gastan a si mismas o en parte por vías aéreas más costosas todavía y cuyo gasto resulta por eso tanto más caro, de modo que a 100 km de la costa la gasolina aumenta tres veces de precio.

Así es que en el sector del tráfico se abre un campo de acción inmenso y todo nuestro arte debe concentrarse en equilibrar esta parte colonial de la tarea con las demás tareas que nos impondrá la época de la post-guerra.

Esta solución del problema del tráfico en todo el Continente es la condición para una explotación colonizadora de amplias miras, para la que sobre todo la Italia fascista con sus métodos ejemplares en la explotación de la Libia ha ejecutado un trabajo enorme de precursor. Italia ha encontrado allí soluciones de problemas complicados que tendrán una influencia decisiva sobre el desarrollo venidero como modelos insuperados.

La lucha por el Mar Báltico

En el Báltico se hizo *tres guerras navales* durante los dos últimos años.

Al final de la guerra mundial quedó tan reducida la escuadra alemana y soviética que las marinas de los Estados Bálticos más pequeños podían rivalizar con ellas hasta cierto punto. De ahí resultó cierto estado de equilibrio que fué sostenido celosamente por las grandes potencias occidentales Francia e Inglaterra lo mismo que por la Sociedad de las Naciones. Por eso Polonia con su costa que no llegaba siquiera a los cien kilómetros de extensión y que nunca antes había aparecido como potencia marítima, construyó con ayuda de Francia el nuevo puerto mercantil y militar Gdingen y una cantidad de barcos de guerra pequeños, entre ellos varios destructores y submarinos.

En la guerra alemana-polaca esos comienzos fueron muy pronto aniquilados. Solo algunos barcos polacos lograron salvarse, huyendo a Inglaterra. El bloqueo de minas de la costa alemana del Báltico declarado por Inglaterra resultó una fanfarronada de propaganda: la marina alemana hacía guardia eficaz en los estrechos y no dejó penetrar ningun barco inglés en el Báltico. Con la conquista de Gdingen la potencia marítima polaca recibió el golpe mortal. La marina alemana no ha sufrido en esta ocasión casi ninguna pérdida considerable.

En la guerra rusa-finlandesa de 1939 al 1940, la llamada campaña invernal, no pudieron realizarse mayores operaciones marítimas a causa de las condiciones climáticas debidas a la estación avanzada. Un intento de la prepotente escuadra rusa de penetrar entre los islotes occidentales de Finlandia fué rechazado eficazmente por la artillería de costa finlandesa, sufriendo graves estragos el nuevo crucero «Kirow». Por lo demás los dos adversarios se limitaban a colocar barreras de minas que por la parte finlandesa perseguían también fines ofensivos. En el Este del Golfo de Finlandia se distinguieron extraordinariamente las fortificaciones de la costa y las baterías de Koivisto (Björkö sund) por su resistencia tenaz y eficaz contra los ataques seguidos de las fuerzas navales y aéreas soviéticas. Entre otros fueron gravemente averiados un acorazado soviético y un crucero. Las experiencias de esta guerra fueron aprovechadas con el mejor éxito por la escuadra finlandesa en la próxima guerra, la guerra actual.

Al comenzar la tercer guerra de Finlandia contra la Rusia Soviética la disposición de ánimo del país era absolutamente otra que la del comienzo de la campaña invernal a fines de noviembre. También entonces se estaba dispuesto a todo y no se temía ni a los sacrificios indispensables ni a los peligros de la guerra. A pesar de todas las aseveraciones de amistad de las potencias occidentales no se estaba seguro de su apoyo. Salvo algunos voluntarios y una ayuda material bastante escasa que además llegó tarde todavía, Finlandia no recibió apoyo efectivo de las potencias occidentales ni en el curso de su campaña invernal desesperada, ni durante las negociaciones de paz o después del dictado de paz de Moscú.

Muy distinto fué el caso en la guerra actual. Desde el primer día de su guerra contra la Rusia soviética Alemania cuidaba de que Finlandia estuviese asegurada contra la superioridad numérica del enemigo. En el transcurso siguiente de la guerra empleó todas las formaciones de su ejército *también para la defensa* de Finlandia.

En el alto norte de Finlandia los alemanes se hicieron cargo de la parte principal de las operaciones en Petsamo y en la península Kola. En el Báltico sus fuerzas navales ligeras atacaron a la escuadra soviética más poderosa en todas partes en las que pudieron dar con ella. Así demostraron por el ejemplo práctico, que en la guerra marítima la superioridad material, por grande que sea, no tiene que paralizar al adversario inferior, sino al contrario debe excitarle a mayor actividad e iniciativa y por último también a un riesgo más grande. Pues también los barcos de guerra más pequeños pueden emplear las modernas armas marítimas, la mina y el torpedo, como por el otro lado estas armas son mortales aun para los barcos más grandes. Ya en las primeras semanas de la guerra la marina alemana penetró con sus pequeñas canoas y sus botes de despejo en el Golfo de Finlandia y estableció la comunicación con las fuerzas navales finlandesas a pesar de todos los obstáculos que le puso el enemigo con sus barreras de minas, sus cruceros, sus destructores y muchos otros barcos. Desde entonces cooperaron las dos escuadras en camaradería buenísima e íntima, ventajosa para todos. Pues la escuadra finlandesa estaba animada del mismo espíritu agresivo que la alemana y por su conocimiento de las condiciones locales, de los islotes finlandeses y de las aguas costeras su tripulación era a menudo indispensable para el éxito de las operaciones en el Golfo de Finlandia. Con igual celo participaron en estas operaciones las baterías de costa finlandesas y la aviación alemana-finlandesa, de las cuales las fuerzas marítimas aliadas apenas hubiesen podido pasarse. Porque las canoas auto-

móviles tienen un horizonte muy pequeño de visualidad y por eso no se las puede emplear como reconocedores. De la exploración se encargaba principalmente la aviación que además tenía que cumplir tareas independientes puramente tácticas. Tenía importancia idéntica el papel de las fortificaciones de la costa, cuyas tropas ayudaban en toda ocasión en la que las operaciones entraban en su radio de acción. La artillería de costa aseguraba a las fuerzas marítimas aliadas una serie de puntos de apoyo que se encontraban en los islotes a lo largo de toda la costa del Golfo de Finlandia y que eran tan apropiadas para el ataque como para la defensa.

La guerra en el Mar Báltico vuelve a probar que no siempre ganan la guerra el mayor material de guerra ni los barcos más grandes, sino los *hombres*, su *espíritu* superior, su *técnica* mejor que de ese espíritu proviene, la *preparación* y el *valor del soldado* y por último el mejor *mando* de las tropas, tanto en las luchas marítimas como en las aéreas o por tierra. Todo eso son calidades del espíritu que forma la materia inanimada y que enseña a forjar las armas y a manejarlas.

Cuando empezó la guerra en el Mar Báltico la escuadra soviética era incomparablemente más poderosa en sus aguas que las fuerzas navales ligeras que Alemania pudo sustraer a la guerra en el Mar del Norte, en el Canal de la Mancha y en el Atlántico. Durante los últimos seis años el rearme de la república soviética ha sido tan febril en el mar como en el aire y en tierra. Además de dos acorazados cuidadosamente modernizados «Marat» y «Revolución de Octubre», de dos cruceros también modernizados y de muchos barcos de guerra más pequeños que procedían de la guerra mundial, la Rusia Soviética ha terminado por lo menos tres, probablemente cuatro cruceros nuevos más, ocho destructores extraordinariamente grandes (casi 3000 toneladas) y quince destructores más pequeños, por lo menos 65 submarinos y un sinnúmero de posaminas y de patrulleros, de torpederos y de canoas automóviles, de buques transportes y mercantes de todas clases y de todos los tamaños. También disponía de una serie de bases navales, entre ellas Libau, Riga y las islas bálticas en el Mar Báltico.

Pero la escuadra soviética debe haber sido ajena a todo espíritu ofensivo; sus grandes barcos de guerra apenas se presentaron en alta mar, los cruceros «Maxim Gorki» y «Kirow» eran los únicos que salieron al Mar Báltico y los barcos más pequeños se limitaban a colocar barreras de minas.

Así fué que en menos de tres meses el enemigo mucho más poderoso fué vencido decisivamente y encerrado en el último extremo del Báltico entre Kronstadt y Leningrado. El golpe más grave lo recibió la escuadra soviética en las barreras de minas delante de Reval entre el 28 y 29 de agosto. Cuando esta base naval fuertemente fortalecida fué conquistada por las tropas alemanas una gran parte de la escuadra allí concentrada tuvo que salir precipitadísimo del puerto de Reval. Los barcos soviéticos lo hicieron en el último momento cuando ya recibían el fuego de las baterías alemanas. Por su desgracia navegaban, sin haber despejado antes el paso de minas enemigas. Camino de Kronstadt, poco después de haber salido de Reval, la formación estrechamente aglomerada de los barcos soviéticos dió con una barrera de minas alemanas. Estallaron las minas bajo numerosos destructores, patrulleros, botes de vanguardia, posaminas y submarinos, buques transportes y mercantes. Algunos se hundieron enseguida, otros prendieron fuego y estuvieron a la deriva hasta que fueron alcanzados por otra mina y se hundieron. Se dice que se han perdido de este modo unos 60 barcos, entre ellos nada menos que 20 buques-transportes llenos de tropas.

Segun la extensión de las pérdidas soviéticas la catástrofe de Reval pertenece a las más grandes batallas navales del mundo, — sin duda es la mayor «batalla de minas» que la historia de la guerra marítima registró hasta la fecha. Muchos de los barcos ardiendo explotaron, porque también llevaban a bordo grandes provisiones de munición. Probablemente no se averiguará nunca exactamente el número de los soldados soviéticos y de los bolcheviquistas muertos. — Pero en todos casos debe haber llegado a muchos miles, porque la mayoría de los barcos iba repleta de tropas y entre ellas estalló un pánico indescriptible.

Toda la noche siguiente los barcos ardiendo estuvieron a la deriva en el Golfo de Finlandia como teas enormes; muchos habitantes de la capital Helsinki los vieron desde sus casas.

La escuadra rusa que todavía en la guerra mundial poseía las mejores minas y también sabía emplearlas eficazmente, parece haber olvidado ese arte desde entonces. Bajo el régimen bolcheviquista no fueron instruídos ni especialistas acertados ni marinos capaces; pero más que nada le faltan comandantes y oficiales que pudiesen compararse con los de sus enemigos.

Además de la *mina* el *torpedo* se comprobó como un arma ofensiva extraordinariamente eficaz en la guerra del Báltico. Las

canoas automóviles alemanas y finlandesas atacaron a sus adversarios mucho más grandes en todas las partes del Golfo de Finlandia y torpedearon a varios destructores, botes de vanguardia y a buques transportes y mercantes. Un submarino soviético fué perseguido durante algun tiempo por canoas alemanas con bombas de profundidad, ametralladoras y bombas de mano. Por fin se consiguió empujar al submarino mucho mayor hacia la costa llana, donde ya no podía sumergirse. Allí fué destruido.

Solo una parte de la escuadra soviética en el Báltico fué vencida en el mar. El golpe mortal le dieron los ejércitos y aviadores aliados que la habían privado de sus bases navales o la habían destruído dentro de estas bases por tierra o por el aire. La marina alemana ha expulsado del Mar Báltico a su enemigo mucho más poderoso y lo ha cercado en sus puertos de guerra Kronstadt y Leningrado que ya no se atrevía dejar.

La destrucción de la escuadra soviética en el Báltico pasará a la historia de la guerra marítima de las naciones como advertencia ante un sistema político que desprecia los frutos de la moral humana e intenta basar su poder en un fondo netamente materialista.

El comienzo de una nueva época

Nos encontramos al comienzo de una nueva época no solo de la historia, sino también de la cultura de Europa que empieza a crear caracteres nuevos, sobre todo caracteres humanos que contribuyen a proporcionar al trabajo su función como potencia vital. Las divergencias de intereses entre los numerosos estados son reemplazadas por la síntesis armoniosa de la objetividad de cada uno de ellos, de modo que resulta en realidad y en la conciencia sincera un auténtico y propio sentimiento europeo.

Raffaello Riccardi, Roma.

Adolf Hitler en la guerra mundial

RELATOS DE CAMARADAS DE GUERRA DEL FÜHRER:

«El día 10 de octubre de 1914 entré en campaña en el frente del Oeste con el regimiento «List», al que también pertenecía el Führer. Flandes era nuestro primer sector. Pero solo en el año 1916 en medio de las luchas técnicas más reñidas conocí personalmente al Führer. Una noche estábamos echados juntos en un escalón abandonado, cuando el enemigo tiraba arrebataadamente. Después nos sirvieron gas. Toda la noche el fuego de artillería batía nuestra posición. Creímos que no habíamos tenido bajas, cuando por la mañana temprano nos dimos cuenta, que Hitler había perdido la vista. Él mismo decía que ya no podía ver nada y con las manos se tapaba los ojos dolientes. Entonces se le transportó al hospital de sangre.

Me recuerdo perfectamente de un suceso que prueba el valor personal del Führer en la lucha. Fué cerca de Espagny. En un avance Adolf Hitler como ordenanza tuvo que atravesar una cuesta poblada de bosques, en los que se habían hecho fuertes unos franceses dispersados de su tropa. Sus cascos se elevaban justamente sobre el borde de los hoyos. Adolf Hitler los apercibió por sus prismáticos, sacó la pistola, dió con la mano una señal hacia atrás como si le siguiesen sus compañeros, echó a los franceses perplejos — doce entre todos — fuera de su posición y los llevó al puesto de mando.

Muchas veces en las horas solitarias hablaba Adolf Hitler del porvenir político de Alemania. Sobre todo le agobiaba el fraccionamiento político del Reich, el conocido particularismo. Una vez comparó al sinnúmero de pequeños estados alemanes a recortes de papel que tenía atados a un bramante. Cada soplo, explicaba, puede llevárselos. Pero cuando se ataría las distintas hojas en un paquete, ni una corriente fuerte podría echarlas. Aun al más torpe entre nosotros le saltó a la vista, lo que quería decir con esto.»

Ignaz Westenkirchner.

En la lucha técnica.

«El ejército del Oeste recibirá refuerzos, porque en el Este han quedado libres unidades considerables.» Lo que eso quiere decir

solo puede apreciarlo quien haya aguantado aquí durante años el fuego de tambor de las luchas técnicas, quien encostrado por el barro y la sangre secada sienta el dolor punzante en los pulmones que viene de la exhalación del gas y quien día tras día — apenas si están cicatrizadas las heridas abiertas por los cascos de granada — corra a porfía con la muerte a través de las cortinas del fuego de barrera, beba ávido un trago de agua de café y se tome una corteza de pan seco como si fuese el mejor dulce.

El regimiento de infantería de reserva 16 llamado «List» que pertenece a la unidad 6 de la división de reserva bávara lucha cerca de Soissons, aunque está sin completar, debilitado por pérdida de sangre y de munición, durante siete semanas sin ropa limpia, agotado en marchas enormes, empapado por la lluvia y deseoso de descansar. En el fondo están rendidos, pero en realidad son la reserva tras el ala derecha del ejército séptimo y primero.

Y en realidad se encuentran en primera línea por haber comenzado una conversión hacia la derecha por la noche del 26 de mayo y ahora deben envolver al enemigo. Desde la Ailette contemplan al Aisne. Su jefe se llama Anton von Tubeuf y es comandante. Es el novésimo jefe de este regimiento y ahora conduce a los «Lister» desde hace cinco días y arrastra consigo a las demás unidades de la división por cima del famoso y temido Chemin des Dames.

Todo el regimiento estornuda, mientras corre y lucha, porque el gas, con el que ha tirado la artillería, descansa compacto sobre la tierra. Aquí hay montañas escarpadas, altitudes escabrosas y pistas de baile de las brujas, destrozadas por los cascos de granadas y por el fuego, llenas de raíces desgarradas y de barreras de árboles. Hace falta pasar por encima las lanzaminas, las ametralladoras, la munición, para colocarlas en su escalón. Y aquí jalea y rabia y silba y zumba constantemente todo el aire con el hierro ardiente de todos los tamaños.

No había que pensar en líneas telefónicas entre el plano mayor del regimiento y los batallones ni entre los batallones mismos. En la región de la transmisión de ordenes domina absolutamente el ordenanza. Con seguridad casi sonámbula corre a toda velocidad, salta fuera de los cráteres de obús y vuela jadeante entre los impactos de surtidores empinados de acero, de fuego, de tierra y de humaredas, por cima de agujeros, de vigas y de cadáveres en el zumbido infernal del enjambre de proyectiles de acero fundido. Si no consigue llevar el parte o la orden al hombre al que va dirigido, entonces todo el mando queda suspendido; y la voluntad férrea de esta cuña atacante de combatientes envolvedores se

desmigajaría en esterilidad. Además de los jefes él es el que lleva el destino y el éxito de esta lucha en su cabeza, en su cartera, en su habilidad y en su valor.

Durante cinco días brama allí la guerra feroz en todas sus manifestaciones y — como tantas veces ya y tantas veces después — corre, salta, da parte, recibe ordenes, corre el más incansable, más valiente, más intrépido ordenanza del regimiento desde el plano hasta la vanguardia, desde el batallón hasta el comandante.

Y después de cinco días el regimiento ha envuelto al frente enemigo desde el ala en una anchura de 23 kilómetros, rompiéndolo arrebatadamente y conquistando, según se ha contado, 400 prisioneros, 16 baterías, 100 ametralladoras, 4 automóviles, 15 furgones y un campamento de gastadores.

«Aparte de los méritos de los distintos jefes se debe principalmente la ejecución admirable de este ataque a los ordenanzas del regimiento» dice el jefe del regimiento de infantería de reserva 16 llamado «List», Anton von Tubeuf.

El día 1. de junio de 1918 se honra al regimiento agraciando a su jefe con la condecoración militar de Max-Josef. Y el día 4 de agosto el nuevo Caballero von Tubeuf fija en el pecho del cabo Adolf Hitler la cruz de hierro de primera clase, la condecoración suprema y que se concede más rara vez al soldado raso en la trinchera.»

W. L. Diehl.

Impacto completo en el puesto de mando.

«A mediodía los ordenanzas traen la nueva orden de ataque.

Otra vez está entre ellos Adolf Hitler, intrépido e incansable en el cumplimiento de su servicio expuesto. Muchas veces voluntariamente se hace cargo de las comisiones más difíciles de alguno que otro camarada hasta en las líneas más avanzadas, azotadas por la lluvia de proyectiles.

A las una y treinta se lleva adelante el segundo ataque apoyado por la artillería. Otra vez son terribles las bajas de los que avanzan por terreno descampado. Solo pocos consiguen, bayoneta en mano, violentar las primeras trincheras enemigas y hacer prisioneros; más no se puede.

En vano intenta el segundo batallón socorrer a los camaradas avanzados. El jefe, teniente de la reserva Schubert, muere ya en el primer asalto.

Entonces el jefe del regimiento, Teniente-coronel Engelhardt, va personalmente al linde septentrional del bosque. Con los prismáticos se orienta él mismo sobre la situación, acechando el punto de infiltración más propicio del frente enemigo. Pero ya le han descubierto ojos vigilantes. Le ataca un fuego crepitante de ametralladora que destroza los arbustos a la derecha y a la izquierda y da contra los troncos; tiros de rebote zumban por el aire.

En ese momento avanzan saltando Adolf Hitler y el cabo Bachmann y lo protegen con sus cuerpos.

El jefe estorbado en su observación pregunta asombrado a Hitler: «¿Porqué hacéis eso?» «No queremos perder por segunda vez al jefe de nuestro regimiento» se le contesta modestamente. El comandante da las gracias con un mudo apretón de manos, como si eso fuese lo más natural del mundo.

El 17 de noviembre: gran actividad de la artillería enemiga. — Hace media hora el comandante de brigada Su Excelencia Grossmann ha transmitido personalmente la orden de relevo para el regimiento «List» desangrado. «Vete atrás» ha dicho por último al teniente-coronel. Para recibir esta orden ya han llegado algunos de los jefes de compañía al plano mayor del regimiento. Por falta de sitio Adolf Hitler y sus camaradas tienen que salirse del abrigo para poco tiempo. En ese momento — falta poco para las dos — se oye otra vez un silbido que se acerca. Un estruendo desgarrador — impacto completo en medio del plano mayor del regimiento.

Adolf Hitler es uno de los primeros que acuden en socorro.

Con los ojos busca a su comandante adorado. ¿Estará muerto?

Y en eso ve al comandante desplomarse hacia atrás con un suspiro y le oye murmurar: «Solo quise servir a mi patria.»

Con un salto Adolf Hitler está a su lado. Lo mismo el camarada Bachmann. La mano izquierda del comandante cuelga mutilada, la pierna derecha está roja de sangre — un casco de granada ha destrozado la aorta, la pérdida de sangre es enorme. Solo una cura instantánea podría salvarle todavía. Hitler no vacila, va enseguida por una compresa de musgo, la coloca alrededor de la pierna más arriba de la herida profunda y la recubre de alambre telefónico para contener la hemorragia. — Lo consigue, el vendaje provisional está bien hecho y cumple su cometido.»

Un camarada de regimiento.

El ordenanza.

«Durante la noche tuve que llevar dos veces partes al tercer batallón que se encontraba en el sector del sur de Roeux. Me dieron como compañero el ordenanza cabo Hitler.

Por un trecho pequeño pudimos aprovecharnos del terraplén de Biache, para ponernos a cubierto. Pero pronto tuvimos que abandonarlo y dirigirnos a terreno descampado. El camino pasaba por delante de dos baterías avanzadas. Apenas nos acercamos que ya nos recibía el enemigo con un fuego infernal. Enseguida nos dimos cuenta que nos habían visto. Naturalmente este derroche de munición no iba dirigido solamente contra nosotros, sino sobre todo contra las baterías, en las que el inglés tuvo que sospechar en este momento una actividad extraordinaria. Si hubiese estado solo, no hubiera vacilado de ponerme completamente a cubierto. Nadie me lo hubiese podido reprochar. El parte que llevaba no tenía nada que ver con las operaciones de los batallones echados al combate. Si hubiera llegado una o varias horas más tarde, no hubiese importado absolutamente nada. Mi compañero era de otra opinión. Sin el menor alto, aunque aprovechando naturalmente todos los medios de ponerse a cubierto, trataba de salir pronto de este atolladero.

Los ordenanzas tenían que andar a menudo por terreno descampado batido por el más violento fuego enemigo, mientras para mi era algo nuevo hacerlo, a pesar de los años que llevaba ya en las trincheras. Naturalmente no pude flaquear y tuve que seguir. Y estaba bien. Salimos ilesos de la zona amenazada.

Al regresar apenas habíamos llegado otra vez cerca de las baterías, que empezó de nuevo la función enemiga. Naturalmente esta vez tampoco hubo ningún alto y alcanzamos sin perjuicio, aunque bañados en sudor, el terraplén preservador.

En los dos siguientes períodos de ataque en la batalla de Arras me dieron aun varias veces como compañero el ordenanza Adolf Hitler y cada vez escapamos con vida.

En estos días se despertó en mi el vago sentimiento, que aquel ordenanza tenía una suerte excepcional y, cosa muy natural, también yo me creía más seguro en su compañía.»

Un camarada de guerra.

El soldado desconocido.

«Durante el informe del comandante — hablaba de la situación y de la ampliación del sector — se abrió la cortina y entró el

ordenanza Hitler, hizo su saludo militar todo lo bien que lo permitía la escasa altura de la cueva y entregó un parte escrito. El comandante lo recorrió, sin interrumpir su informe e hizo una señal al ordenanza, que podía retirarse. Pero cuando la cortina se había cerrado tras este, el comandante interrumpió sus explicaciones, para decir enseguida levantando la voz e indicando la entrada: «Cuando mando a este ordenanza sé que se cumple la orden igual de bien que cuando envió al mejor oficial de mi regimiento.»

Como se comprenderá este elogio tenía que asombrarnos extraordinariamente. Si ya conocíamos desde mucho tiempo al coronel von Tubeuf como jefe que solo muy rara vez dispensaba un elogio modesto, este elogio tenía un valor especial aun, porque iba dirigido a un soldado, del que el comandante apenas podía haber conocido bien el nombre.»

Teniente Adolf Meyer.

La Cruz de Hierro.

Regimiento de Infantería Bávaro de Reserva No. 16.

31—7—1918.

Al

Mando de la 12. Brigada de Infantería de Reserva.

Asunto: Moción de la Cruz de Hierro I.

Cabo (voluntario de guerra) Hitler Adolf, 3. compañía.

Hitler pertenece al regimiento desde la salida y en todos los combates en los que participó se ha portado admirablemente. Como ordenanza mostró tanto en la guerra estabilizada como en la guerra abierta una impavidez y un brío ejemplar y siempre estaba voluntariamente dispuesto a llevar partes en las situaciones más difíciles, jugándose la vida a cada momento. Después de romperse todas las comunicaciones en situaciones precarias del combate se debía a la actividad incansable y abnegada de Hitler, que ordenes importantes podían pasar a despecho de todas las dificultades.

Hitler recibió la Cruz de Hierro de segunda clase por actitud valiente en la batalla de Wytschaete del 2 de diciembre de 1914.

Yo creo que Hitler es perfectamente digno de la condecoración de la Cruz de Hierro de primera clase.

En substitución:
Barón de Godin.

GENERAL ANGELO GATTI, ROMA:

El gran hombre

Primordialmente el gran hombre es una fuerza de la naturaleza, solo después se transforma en hombre.

Los hombres grandes penetraron con fuerza inquebrantable en una sociedad civilizada y afeminada, para verificar y realizar con voluntad elemental y energía inmensa los deseos y las necesidades que se habían acumulado desde hacía mucho tiempo y no fueron complacidos jamás.

Los pueblos necesitan hombres grandes; los sabios y los ignorantes, los fuertes y los débiles, los ricos y los pobres, todos los necesitan y el ideal de los unos no coincide casi nunca con el de los otros. Más sin embargo son indispensables los hombres grandes; cuando uno de ellos aparece y cautiva a la suerte entonces encuentra el aplauso de la muchedumbre, porque cada uno cree conseguir con ayuda del gran hombre lo que solo le sería imposible alcanzar.

El pueblo suele llamar grandes a los hombres que se distinguen por sus ideas, sus obras, su nacimiento o su suerte. Pero solo es verdaderamente grande, quien por su obra o por la obligación de participar en su obra induce o forza a la muchedumbre a pensar, a sentir o a ejecutar algo grande.

Cada gran hombre es un estado dentro del Estado.

La posesión del poder significa para los grandes: Servir — para los pequeños: Mandar.

Cuando el pueblo ya no es capaz de pensar y de actuar un hombre centraliza ideas o acciones y trabaja para todos; en cuanto haya terminado su obra el pueblo descansado reanuda su trabajo. Los individuos y la masa se compensan mutuamente.

Por su obra los hombres grandes rehabilitan siempre una verdad ya olvidada ya violada.

La justicia es la ley inexorable a la que los hombres están sujetos. La idea y la acción de los hombres grandes se basa en una rehabilitación de la justicia, sea contra un estilo o sea contra un estado corrompido de cosas.

Los grandes hombres del hecho interpretan su obra como un mito, pero para verificarla son unos realistas perfectos.

Los hombres grandes atraen las ideas, las simpatías y los juicios de sus contemporáneos sean como sean y tengan el motivo o el fin que quieran. Se elevan como los montes imanados de la leyenda que atraen a los barcos destinados para los puertos más distintos: al verlos todo arte de navegar es en vano, el barco es arrojado irremisiblemente sobre las rocas. Solo el marino cauteloso que se queda bien lejos en alta mar escapa al encanto.

Nadie puede imaginarse, cuánto tiene que amortiguar un hombre en su interior antes de ascender a la grandeza. Los hombres grandes caminan acompañados de fantasmas y los más próximos y más torturadores son los de su propio corazón.

Quien se acerca de un gran hombre se da cuenta, qué solo está. Los hombres grandes, aun los más sociables, están rodeados de soledad espiritual y moral y siempre vuelven sobre ella para fortalecerse.

Si cada hombre supiera, cuánta resistencia es capaz de oponer a la fatiga y al dolor ejecutaría cosas admirables.

La juventud sigue a los hombres grandes, porque reconoce igual que ellos el valor de las obras fundamentales y necesarias y pasa por alto lo secundario.

La juventud estampa su edad sobre el universo.

La juventud no solo acciona sino que también obliga a actuar: cuando ella pone mano a la obra nadie puede holgar. Una persona adulta o un anciano puede obrar de por sí y para sí mismo: la juventud obra para todos y con todos.

Los jóvenes no siguen al que es joven como ellos, sino al que les facilita la posibilidad de dar lugar a su juventud.

Hombres y mujeres de la humanidad, ¿no comprendéis que la juventud desea obedecer a la disciplina rigurosa de un hombre o de una idea? ¿Que desprecia la libertad a la que aspira, pero con la que no sabe que hacer? Dadla ordenes y os obedecerá; pedidla y os rechazará. Los hombres no aspiran a la libertad hasta que los años no los acerquen a la muerte.

La juventud considera a la muerte como a un suceso natural, pero que solo afecta a los demás; ella misma es inmortal. Se ocupa de la muerte y de los muertos desde el día en el que termina la juventud. Otra prueba de que no se le ocurre a la juventud de considerar a la muerte como a un espantajo es la indiferencia y a veces incluso el desprecio con el que sale a su encuentro. Para ella la muerte no es ningún acontecimiento rematador, ningún fin de todas las experiencias, sino una prueba que la vida le impone.

Diálogo sobre la ley

El extranjero: Es evidente, que la legislación forma parte del arte de gobernar. Pero sin embargo es lo mejor, que el poder no esté en las leyes, sino en manos de *un hombre real dotado de inteligencia*. ¿Sabes porqué?

Socrates: ¿Pues porqué?

El extranjero: Porque una ley jamás puede abarcar *todos* los casos imaginables con adaptación exacta a cada uno y prescribir de ese modo a todos lo más provechoso. Pues las *desigualdades* entre los hombres y sus acciones y la *inconstancia* eterna, casi general *de las cosas humanas* no permiten, que cualquier arte establezca en ningun sector una regla invariable y válida para todos los casos y para siempre. ¿No admitimos esto?

Socrates: Cierto.

El extranjero: Pero por lo visto la ley ha puesto sus miras precisamente en una *regla* así, igual que un hombre cabezudo e inculto que no admite la voluntad de nadie más que la suya y que no permite a nadie que le pregunte algo, ni siquiera en el caso en que algo nuevo, distinto de la disposición tomada por él se evidencie como más provechoso para alguna persona.

Socrates: Justo. Pues la ley procede con todos nosotros igual que tu lo acabas de describir.

El extranjero. Y no es posible, ¿verdad?, que lo eternamente invariable mantenga relaciones soportables con lo que nunca es igual.

Socrates: Será difícil.

El extranjero: ¿Porqué se necesita entonces la legislación, si la ley no acierta? Hace falta averiguar el motivo de ello.

Socrates: Tienes razón.

El extranjero: ¿No tenéis igual que en otras ciudades ciertos ejercicios comunes para los hombres, por ejemplo carreras u otras prácticas para excitar la emulación?

Socrates: Naturalmente y muchos.

El extranjero. Recordemos pues las instrucciones de los profesores de deportes en su dominio.

Sócrates: ¿Qué quieres decir con eso?

El extranjero. Que a ellos no les resulta factible dar sus instrucciones sobre los ejercicios físicos en adaptación a cada uno hasta en los más mínimos detalles, sino que creen necesario calcular sus instrucciones sobre lo que conviene al cuerpo a rasgos mayores para el promedio y la masa.

Sócrates: Es verdad.

El extranjero: Por eso según las costumbres actuales exigen de todos los mismos esfuerzos, dejándolos moverse a un mismo tiempo y también descansar juntos de las carreras y de las luchas y de todos los demás ejercicios físicos.

Sócrates: Así es.

El extranjero: Lo mismo debemos pensar sobre los legisladores: quien tiene que conducir a la masa en cuestiones de la justicia y de las relaciones recíprocas nunca será capaz de abarcar con sus disposiciones para la masa lo conveniente para cada uno.

Sócrates: Eso parece verdad.

El extranjero: Antes bien dispondrá su legislatura de modo que convenga a la gran masa y al promedio y por eso tendrá una forma algo más tosca lo mismo cuando dicte leyes escritas o cuando cumple el tácito derecho consuetudinario local.

Sócrates: Con razón.

El extranjero: Sí, es verdad, con razón. ¿Pues quien sería capaz, Sócrates mío, de estarse sentado toda su vida al lado de cada uno prescribiéndole lo conveniente? Porque si alguno de los que de veras poseen la sabiduría práctica sería capaz de eso, no es probable que se derrengaría por redactar las llamadas leyes.

Sócrates: Por lo menos según las susodichas explicaciones, querido extranjero.

El extranjero: Pero más todavía, amigo mío, según las consideraciones siguientes: cuando un médico o un profesor de deportes sale de viaje y piensa alejarse probablemente por más tiempo de los que a él le están confiados y si tiene la convicción que sus discípulos o enfermos no recordarán suficientemente sus instrucciones ¿no querrá darles entonces sus consejos por escrito? ¿No miraremos eso como probable?

Sócrates: Si.

El extranjero: Pongamos ahora el caso, que vuelva antes de lo supuesto de su estancia en el extranjero. Si el estado de sus enfermos se hubiese mejorado debido a un tiempo favorable o a cualquier otra influencia inesperada y excepcional, ¿no tendría entonces el valor de dar otros consejos que los dejados por escrito? ¿O preferiría aferrarse obstinadamente a la opinión, que no debe uno desviarse para nada de las instrucciones antiguas una vez dadas, ni él mismo dando nuevas instrucciones, ni el enfermo procediendo arbitrariamente contra las instrucciones, porque solo estas garantizarían la cura y la salud, cada anomalía significaría enfermedad y sería una falta contra el arte? ¿O no resultaría tal suceso en el dominio de alguna ciencia o del arte verdadero como una forma de legislación que haría un papel sumamente ridículo?

Socrates: No cabe ninguna duda.

El extranjero: Pero quien ha regularizado el derecho y la culpa por leyes escritas o tácitas para los hombres que están protegidos en todo estado por las leyes de aquellos legisladores ¿no tendría permiso para disponer otras prescripciones que se aparten de estas? ¿O prohibirlo no resultaría igual de ridículo como el otro caso?

Socrates: Evidentemente.

El extranjero: ¿Tú conoces la opinión corriente de la gran masa sobre esta cuestión?

Socrates: No la tengo presente en este momento.

El extranjero: Es verdad que no suena mal. Dice que el que haya concebido leyes mejores que las tradicionales solo puede aparecer como legislador cuando haya adquirido el consenso de todos sus compatriotas, pero sino no.

Socrates: ¿Cómo? ¿No está bien eso?

El extranjero: Quizás. Pero si alguien obtiene *lo mejor* a la fuerza y sin adquirir el consenso, ¿cómo, di, se puede llamar esta fuerza? ¿No es esto lo que ocurre? Si alguien hace lo que es bueno, sea con el consenso de los compatriotas o sin el, sea también rico o pobre, de acuerdo con las leyes escritas o contradiciéndolas, en este procedimiento y en estas medidas se expresa la más justa opinión sobre una *administración pública auténtica*, según la cual el hombre *sabio y capaz* regularizará los asuntos de los ciudadanos. Igual que el timonel vela constantemente sobre la seguridad del barco y de sus viajeros sin obedecer a instrucciones escritas, sino *derivando de su arte mismo la ley de su acción* y de esta manera lleva a los pasajeros sanos y salvos al punto de

destino, también crearán un gobierno justo, siguiendo a este mismo principio, los que saben gobernar de esta manera, es decir los que practicando su arte demuestran una potencia superior a las leyes. Y los soberanos prudentes pueden hacer lo que quieran, están seguros de no cometer ninguna falta mientras cumplan solamente esa gran exigencia única que consiste en que sean capaces de hacer siempre justicia incondicional a sus súbditos, justicia basada en comprensión y arte y de protegerlos así buenamente *convirtiéndolos con todos los medios a su alcance de hombres peores en hombres mejores.*

Socrates: Lo que acabas de decir no permite contradicción.

El extranjero: Pero tampoco se puede contradecir otra frase de antes.

Socrates: ¿A cual te refieres?

El extranjero: Que jamás ninguna *masa* grande de hombres, sean como fueren, sería capaz de adquirir tal ciencia y de gobernar un estado de un modo razonable; antes bien solo se puede imaginar esa única constitución justa verificada por el poder decisivo de un pequeño grupo y de pocos o incluso de uno solo, mientras a los demás solo se les puede considerar como imitaciones, mejores los unos, peores los otros.

La tarea de la joven generación

En medio de todos los esfuerzos a veces muy penosos y que llegaban hasta el agotamiento absoluto me sostuvo siempre la idea, que esta guerra ocasionará tantísimos trabajos después de ganada, que nuestra joven generación sola no podrá todavía acabar de ejecutarlos.

Generaciones posteriores tendrán que luchar aun con estas tareas y exigencias culturales y políticas recién nacidas. Pero la voluntad humana es más fuerte que los músculos y que el acero.

*Sargento Dr. Knaack,
Universidad de Heidelberg,
caído en el frente del Este.*

Sobre los misterios de la tierra y de la vida

El agua que sube en las montañas es la sangre que sustenta a la sierra. Cuando se abre una de las venas allá en el interior o al lado, entonces la naturaleza que ayuda a todo lo que vive en su deseo desbordante de resarcirla de la perdida savia dimanada proporciona a esta herida un remedio admirable igual que a la magulladura, endonde el hombre haya recibido un golpe. Allí se ve como la sangre se acumula bajo la piel, formando una especie de tumefacción para abrir la herida. Igualmente cuando la vida ha sido herida en la cima más extrema de la montaña la naturaleza envía su savia desde las profundidades hacia arriba al lugar herido, donde emana y así no deja nunca al monte sin humores vitales hasta el final de su existencia.

El agua que tocas en los ríos es lo último de lo que ha transcurrido y lo primero de lo que viene. Lo mismo ocurre con el tiempo actual.



Ya por el peso de un pajarito que se pose sobre ella la tierra cambia de posición.

Una pequeña gota que caiga encima hace oscilar el nivel del agua.

El organismo de la tierra tiene la misma naturaleza que un pez, un pez espada, porque respira agua en vez de aire.

Nada crece en un sitio en el que no haya vida sensible, instintiva o racional. Las plumas crecen en los pájaros y cambian todos los años. El pelo crece en los animales y cambia todos los años, con excepción de algunos como los pelos de la barba de los leones, de los gatos etc. La hierba crece en el campo, las hojas en los árboles y la mayoría de ambos se renueva cada año.



Al juzgar y apreciar a los hombres que son inventores y mediadores entre la naturaleza y nosotros hay que distinguirlos tanto de los que repiten sin reflexionar y los charlatanes, como son distintos los objetos delante del espejo comparados con sus reflejos en el espejo. Porque los unos son algo por si mismo, los otros nada — gente que poco le deben a la naturaleza, porque solo por casuali-

dad recibieron sus apariencias humanas y sin ellas podríase contarlos entre los rebaños.



Cada parte tiene la tendencia de volver a unirse con el todo, para sustraerse a su imperfección.

Jamás el alma puede perjudicarse por la corrupción del cuerpo, sino se repercute en el cuerpo como el viento que hace sonar al órgano; pues cuando un tubo del órgano está averiado no suena bien a causa del vacío.

Quien quiere averiguar cómo habita el alma en su cuerpo debe fijarse como habita ese cuerpo diariamente en su cuarto; pues cuando este está desordenado y descuidado entonces el cuerpo tampoco estará ordenado ni disciplinado por el alma.



No nos faltan medios y recursos para distribuir nuestros días escasamente contados; por eso debiera ser una alegría para nosotros no desperdiciarlos inútilmente ni pasarlos sin gloria y sin que dejen recuerdo alguno en el espíritu de los mortales.



Hay algo que más se desprecia cuanto más se necesita y eso es el consejo; pues los que especialmente lo necesitan son los que no les gusta oírlo, es decir los ignorantes.

Hay algo que más se te acerca cuanto más lo temes y rehuyes y eso es la miseria; pues cuanto más la rehuyes más desgraciado y más desasosegado te hace.



Sin duda la verdad es a la mentira lo mismo que la luz a la oscuridad y esta verdad es tan admirable de por sí que aun ocupándose de materias modestas e insignificantes sobrepasa de un modo incomparable a los embustes y a las mentiras que se propaga sobre cuestiones magníficas y sublimes; pues aunque nuestro espíritu tenga la mentira por quinto elemento no es imposible que la verdad de las cosas sirva de sustento principal a los pensadores ingeniosos, pero no a los ilusos.

No llares riqueza a lo que se pueda perder. La lealtad es nuestra fortuna auténtica y la verdadera recompensa para el que la posee. No se puede perderla; no nos abandona hasta que no se escape la vida de nosotros. Siempre tienes que temer a las fortunas y a los bienes exteriores, porque muchas veces solo quedan burlas y desprecios para el rico que haya perdido sus riquezas.

Máximas de la vida

Todo, todo se puede olvidar, pero no a uno mismo, no a su propio ser. Pues el *carácter* es absolutamente incorregible, porque todos los actos del hombre provienen de un principio interior que hace, que bajo las mismas circunstancias siempre tenga que obrar del mismo modo sin poder remediarlo.

Porque lo que uno es para si mismo, lo que le acompaña en la soledad y lo que nadie puede darle o quitarle, aparentemente tiene mayor importancia para él que todo lo que posea o incluso lo que sea en la opinión de los demás. Una persona espiritual completamente sola se entretiene admirablemente con sus propias ideas y fantasías, mientras que un estúpido, aun distrayéndose continuamente con reuniones, funciones, paseos y diversiones, no sabe defenderse contra el aburrimiento torturador.

Por mucho derecho que a ello se tenga no debe uno nunca alabarse a si mismo. Porque la vanidad es tan frecuente, el mérito tan singular, que siempre que parezcamos alabarnos a nosotros mismos, aunque no sea más que indirectamente, cada cual apuesta cien contra uno, que lo que habla por nosotros es la vanidad a la que le falta inteligencia para comprender lo ridículo de su actitud.

Nuestra vida espiritual intrínseca exige una ocupación constante, ocupación de cualquier cosa, sea actuando o pensando. Porque es lo esencial de nuestra existencia el desasosiego: por eso la inercia absoluta se nos hace pronto intolerable, causando el aburrimiento más terrible. Hace falta regularizar este instinto, para poder satisfacerlo más metódicamente y mejor. Por eso la actividad, el hacer algo, crear algo si es posible, pero por lo menos el aprender algo es indispensable para la dicha del hombre: sus fuerzas exigen que las emplee y él quiere ver de alguna manera el resultado de tal empleo. Pero en este sentido otorga la mayor satisfacción el hacer algo, confeccionar algo, que sea un cesto o un libro; ver diariamente crecer una obra entre las manos y verla llegar por fin a su perfeccionamiento, eso proporciona una felicidad espontánea. Tal es el efecto de una obra de arte, de un escrito, incluso de un simple trabajo manual; aunque naturalmente cuanto más noble es la obra mayor es el goce.

Se nota, qué influencia perjudicial tiene sobre nosotros la falta de una actividad sistemática, de cualquier trabajo, cuando en largos viajes de recreo se siente uno de vez en cuando bastante infeliz: porque sin ocupación real se encuentra uno como tirado de su elemento natural. Esforzarse y *luchar contra la resistencia* es una necesidad para el hombre, como lo es el cavar para el topo. La paralización, que el contento general de un goce duradero produciría, sería insoportable para él. Salvar obstáculos es la dicha suprema de su existencia, que sean materiales como los que se oponen a la actividad y al comercio o espirituales como los que dificultan a los estudios y a la investigación: *luchar* contra ellos y *vencerlos* hace feliz. Si le falta la ocasión para ello él mismo se la crea como pueda: según su individualidad cazará o jugará a las barajas o llevado por la tendencia inconsciente de su naturaleza buscará riña o tramará enredos o se meterá en estafas y toda clase de maldades, solo para acabar con el estado de tranquilidad insoportable para él.

Aprecio como a un elegido entre cien quien teniendo que esperar y estarse por eso sentado sin hacer nada no empiece enseguida a dar golpes acompasados o a hacer ruido con lo que primero le venga a la mano, por ejemplo con su bastón o con el cuchillo y el tenedor o con cualquier otra cosa. Probablemente pensará en algo. En cambio a muchos se les nota, que en ellos la vista ocupa completamente el lugar del pensamiento: intentan darse cuenta de su existencia a fuerza de hacer ruido, siempre que no tengan ningún cigarro a la mano que sirve al mismo fin. Por idéntica razón también son constantemente todo ojo y oído para todo lo que suceda a su alrededor.

Precisamente en las pequeñeces, en las que no se domina, demuestra el hombre su carácter y muchas veces se puede observar fácilmente en las acciones más insignificantes, en simples modales un egoísmo ilimitado que no conoce ni la menor consideración para otros. No se pierda tal ocasión. Cuando una persona procede sin consideración en los pequeños acontecimientos y en las relaciones cotidianas y busca únicamente su ventaja o su comodidad a costa de otros, si se apropia de lo que es para todos etc., entonces se puede estar convencido, que no vive justicia en su corazón, sino que también sería un sinvergüenza en grande, en cuanto la ley y la autoridad dejarían de atarle las manos y de tal persona no debe uno fiarse para nada. Sí, quien infringe sin recato las leyes de su círculo, infringirá también las del Estado en cuanto pueda hacerlo sin correr riesgo.

Es más prudente esforzarse por conservar su salud y por desarrollar sus *capacidades*, que por adquirir *riquezas*, pero esto no se debe interpretar mal en el sentido de que se debiera desatender la adquisición de lo necesario y de lo justo. Pero la riqueza verdadera, es decir la abundancia excesiva contribuye poco a nuestra felicidad; por eso es que muchos ricos se sienten desdichados, porque no poseen una verdadera cultura espiritual ni los conocimientos necesarios y por lo tanto ningún interés objetivo que los capacitaría a ocuparse espiritualmente. Porque lo que la riqueza da de sí aparte de la satisfacción de las necesidades reales y naturales tiene poca influencia sobre nuestro bienestar verdadero: más bien se ve alterado por las muchas e ineludibles preocupaciones que resultan de la conservación de una gran propiedad. A pesar de esto los hombres se esfuerzan mil veces más por adquirir riquezas que por proporcionarse cultura espiritual, aunque sin duda contribuye mucho más a nuestra felicidad lo que somos que lo que poseemos.

Así es que vemos a muchos trabajando sin descanso, laboriosos como las hormigas, esforzándose de la mañana a la noche para aumentar la riqueza que ya poseen. Fuera del estrecho horizonte de la esfera de los medios para conseguir este fin no conocen nada: su espíritu vacío es insensible para todo lo demás. Los goces supremos, los espirituales, son inabordables para ellos: en vano intentan reemplazarlos por los fugitivos goces sensuales que cuestan poco tiempo pero mucho dinero y que se permiten de vez en cuando. Al final de su vida, si tuvieron suerte, tienen delante como resultado un montón de dinero bastante grande que ahora dejan a sus herederos que lo aumentan o al contrario lo desperdician. Tal vida, aunque vivida con gran seriedad y dándose mucho importancia es por lo tanto igual de estúpida como otra cualquiera que tuvo expresamente como emblema el gorro del bufón.

Para la dicha de nuestra vida lo que somos, la *personalidad* es bajo todo punto de vista lo primero y lo más esencial; — ¡ya porque influye siempre y bajo todas las condiciones! Pero además no depende del destino y no es posible arrebatarnoslo. En este sentido su valor se puede llamar absoluto. De esto se deduce, que exteriormente el hombre es mucho más inabordable de lo que acaso se crea. Solo el tiempo todopoderoso ejerce su derecho también en este caso: a él sucumben poco a poco las ventajas físicas y espirituales: únicamente el carácter moral permanece inaccesible incluso para él.

MARQUÉS DE VAUVENARGUES,
FILÓSOFO FRANCÉS, 1715—1747:

Sobre la potencia creadora

La potencia creadora es la única característica del genio.

La potencia creadora surge de una fuerza desasosegada, la inercia de una incapacidad amante de la paz.

Quien desprecia al trabajo proscribire la potencia creadora. Trabajar significa producir algo positivo; cada obra es como un ser nuevo que entra en la vida y que no existía antes. Cuanto más trabajamos tanto más producimos y tanto más intensa es nuestra vida, porque es el destino del hombre poder mantenerse únicamente a fuerza de crear constantemente algo nuevo.

Para ejecutar obras grandes hace falta vivir como si no se debiese morir nunca. La idea de la muerte nos engaña, porque hace que olvidemos a vivir.

No es posible elevarse hasta las grandes verdades sin entusiasmo; con sangre fría se discute, pero no se inventa nada.

La más equivocada de todas las filosofías es la que bajo el pretexto de preservar al hombre del desasosiego de las pasiones le aconseja ociosidad, incuria y ensimismamiento.

El fuego, el aire, el espíritu, la luz, todo vive por la *actividad*; de ahí el contacto y la vinculación entre todos los seres, la unidad y armonía del universo.

Los hombres grandes hablan *sencillamente* como la naturaleza; causan el mayor efecto porque reúnen la sencillez al optimismo. Ellos presagian y el pueblo cree.

Si se está persuadido de una gran *verdad* y se la experimenta como incontestablemente justa no se debe vacilar a expresarla, aunque otros la hayan pronunciado ya. Cada idea es nueva en cuanto un hombre la exprese de un modo propiamente suyo.

Hombres grandes emprenden grandes tareas por ser grandes y lo mismo los estúpidos, porque las tienen por fáciles.

Obras grandes elevan y sostienen al alma; por eso no es milagro que den buen resultado. En cambio toda persona que tenga el alma grande se siente oprimida y cohibida en cuanto se entregue

a asuntos particulares. Porque como no trabaja en el puesto que le corresponde, todo le hiere y le duele.

El hombre noble prefiere el honor al provecho; al contrario el hombre vulgar se decide por el provecho antes que por el honor.



Poco vale tener espíritu si no se posee *alma*. Es el alma la que forma al espíritu y le otorga el impulso; ella sola domina en la comunidad, ella hace los oradores, los políticos, los ministros, los caudillos, los conquistadores.

La naturaleza le prescribe a cada hombre su vida natural por el carácter que tenga. Nadie estará contento ni será bueno, sabio o feliz, si no conoce su propio ser y es consecuente. Por eso los que hayan nacido para la acción han de cumplir imperturbables su ley interior: lo importante es poner todos sus afanes. Si después resulta que se desconoce los méritos y solo se aprecia los éxitos hay que disculpar esto con la falta de juicio de los contemporáneos. Los hombres en general solo ven las cosas según el alcance de su espíritu y no pueden ir más lejos; espíritus pequeños no tienen medida para valores superiores. La opinión pública les vale más que el genio, las apariencias más que el valor interior; al menos necesitan que se llame las cosas claramente por su nombre, para que se despierte su interés.

Es un error que la igualdad sea una ley natural. La naturaleza no ha creado nada igual.

La grandeza de ánimo es un valor sublime, le otorga al hombre su ser verdadero. Le lleva a lo bueno o a lo malo, según sus pasiones, sus predisposiciones, su educación o su destino.

Consciente de su propia grandeza descansa tranquilamente en sí misma, contenta de poseerse. ¡Qué hermosa es cuando los valores supremos determinan sus acciones! ¡Pero cuán peligrosa si se sustrae a la lealtad!

La lealtad es la habituación a una actitud excelente.



Las tormentas de la juventud están rodeadas de días radiantes.

El valor verdadero es una de las calidades que más firmeza exigen. Distingo muchas clases de valor: valor frente al destino, es decir filosofía; valor frente a los reveses de fortuna, es decir paciencia; valor belicoso, es decir valentía; valor para empresas, es decir osadía; valor orgulloso y aventurero, es decir denuedo; valor frente a la injusticia, es decir firmeza; valor contra los vicios, es decir austeridad; valor de ideas y valor de sentimientos.

El valor puede más contra la desgracia que la razón.

El contemplativo que vive gozando de la comodidad de su habitación cubierta de alfombras insulta al soldado que pasa las noches de invierno a la orilla de un río y silencioso en pie de guerra vela por la seguridad de su patria.

Si haces guardia a la orilla de un río, donde la lluvia apaga todos los fuegos nocturnos y empapa tu ropa, entonces dirás acaso: ¡dichoso quien puede dormir ahora en una choza solitaria, lejos del murmullo de las aguas! Amanece, ceden las sombras y se releva la guardia; vuelves al campamento. El cansancio y el ru'lo te sumergen en un sueño apacible y te levantas contento del lecho, para tomarte una comida riquísima.

Es distinto para un hombre joven al que el cariño de su madre retiene en los muros de una gran ciudad a pesar de haber nacido para las azañas viriles: mientras sus camaradas duermen en tiendas de campaña y afrontan las vicisitudes de la vida, este no arriesga nada, no emprende nada; nada le falta, pero tampoco disfruta ni de la abundancia ni de la tranquilidad interior de la vida terrestre; en medio de su tranquilidad se encuentra desasosegado; ni fiestas, ni diversiones, ni funciones de teatro le brindan ya distracción. ¡Sí, es verdad también, que la acción puede ser abrumadora y peligrosa! Pero esa desventaja que puede ofrecer el trabajo a ratos, se multiplica en la inacción, en la que un espíritu ardiente se consume y es una carga para si mismo.

El héroe no busca la gloria por llevar el hambre y la miseria a un país extranjero, sino por *sufrir* ambos *para bien del Estado*, no por dar la muerte, sino para *desafiarla*.



Toda paz que paralize los talentos y afemine las naciones no es buena ni en el sentido moral ni en el político.

Las cargas de la guerra siempre serán más pequeñas que las de la esclavitud.

El soberano que no ama a su pueblo puede ser un gran hombre, pero no un gran rey.

Voltaire considera *Europa* como un gran *estado global* formado por distintas soberanías. Algunos creerán que este gran espíritu achica a las naciones incorporándolas a un conjunto. Pero en realidad las engrandece *desarrollando* sus relaciones y combinando tantas partes desiguales en un *único cuadro grande y hermoso*.

La política es la suprema de todas las ciencias.

El poder del arte

Verificando la posición especial y la individualización de nuestros artes y de nuestras ciencias, la civilización de las épocas modernas ha contribuido mucho a su progreso e igualmente a la aceleración de su madurez y de su perfeccionamiento.

Sin embargo esta civilización tan rica en méritos admirables ha originado de un modo peligroso, amenazador hasta cierto punto — ¿porqué objetar a confesarlo? — serios inconvenientes y una confusión extraña.

A medida que aumentaba la tendencia ventajosa y necesaria por sí sola de seleccionar, ensanchar, clasificar, incluso de implantar reformas parciales y de extremar el desarrollo de las partes — a igual medida olvidamos de manera increíble el efecto recíproco natural de la una sobre la otra, de modo que las leyes elementales quedan sustraídas a nuestra comprensión.

Durante siglos se consideraba a la política, al arte y a la ciencia como los contrastes más absolutos, incluso enemigos. Los representantes de estas tres grandes potencias sociales se separaron. Ni el *artista* ni el *sabio*, cada uno encerrado en su egoísmo orgulloso, contento de sí mismo, sentía el menor deseo de complementarse el uno por el otro. Cada uno se contentaba con labrar *su* terreno, con cosechar *sus* sembrados. El político por su parte fingía frente al matemático, al poeta, al pensador o al músico igual irreverencia y solo sabía ver en ellos vanos parásitos.

Diferenciados así por opiniones, por intereses y profesión de fe, evadiéndose y extirpando todas las exigencias comunes que por su origen todo lo aproximan y lo reconcilian, se rompió el vínculo homogéneo de antaño y actualmente, como se interviene de un modo perturbador en el desarrollo de las partes, se estropea el del conjunto mismo, *la gran vida armoniosa del universo infinito.*

Ante todo nos ha convencido de esta verdad la investigación del origen y de la evolución de la música. Ningun arte, ninguna ciencia — con excepción de la filosofía — tiene como ella el derecho a reclamar un pasado igual de glorioso, una síntesis igual de antigua y admirable. Remontemos a los tiempos más antiguos y encontraremos a los hombres más famosos, a los filósofos y legisladores más venerables arrodillados ante su cuna.



Los egipcios, los chinos, los persas, los griegos, todas las naciones, todos los sabios de la antigüedad atestiguan unísonos el poder milagroso y universal de la música. ¿Dónde está el pensador, el hombre serio — puede preguntarse — que no se haya parado ya admirado ante el digno testimonio de tantos siglos? ¿Dónde hay un artista, cuya alma no se haya estremecido recordando la inaudita comprensión música de Pitágoras? ¿A quién no han emocionado profundamente las leyendas maravillosas de la Sagrada Escritura? ¡Qué sensibilidad y comprensión admirable para el arte respiran estos documentos de un tiempo antiguo! ¡Qué influencia importante sobre la vida social reconocieron a la música! ¡Qué sentido universal y solemne concedieron a esta palabra! ¡Cuánto entendían por ese nombre! Como todos saben — para ellos «música» no era solo el baile, no solo la representación pantomímica, no solo la poesía, sino también el conjunto de todas las ciencias. *Hermes analiza* el concepto de la «música» como «conocimiento del orden de todas las cosas». También dice eso la doctrina de Pitágoras, la de Platón que afirma: «Todo en el universo es música.» Según Hesychius los atenienses llamaban «música» a todos los artes. De allí todas las designaciones sublimes con las que los filósofos la llamaban «música divina».

Para estos hombres de raza pura, amantes del arte, la música era el vínculo supremo, la lengua de los dioses, la ciencia entre todas las ciencias, cuya misión consistía en conservar y en transmitir toda verdad y toda sabiduría.



¿Cómo fué posible, que más tarde la posición social de los artistas fuese abandonada casi a la anulación, mientras producían un sinnúmero de maravillas y de obras de arte que creaban entre sufrimientos?



Para ser justo no puede ocultarse, que los músicos mismos también han contribuido mucho a su posición subalterna, originada y seguida por su deficiencia de fe artística igual que por el mezquino egoísmo comercial de muchos entre ellos.

¿Más sin embargo no es aquello el resultado de un siglo desgarrado por un mal universal? ¿Fueron los apóstoles del arte los primeros que se postraron ante el miserable becerro de oro? ¿Quién se atrevería a decir eso y a condenarlos sin haberlos escuchado? —

Pensadores, escritores famosos y desconocidos han llamado a la carencia de fe artística, esta *falta de todo vínculo unificativo* que

tiene por consecuencia inevitable la supremacía más bárbara de los intereses materiales, la gran herida de nuestra época. Ninguna capa de la sociedad pudo evitarla; príncipes, sacerdotes, jueces y guerreros, todos ellos sucumbieron a la infección terrible — ¡ay! y nosotros también, nosotros los sacerdotes del arte, los portadores de un oficio y de un cargo divino; en vez de quedar firmes y alertas como los guardas del Señor que levantan su voz de día y de noche, en vez de velar y de rezar, de exhortar y de actuar, nos hemos rendido y doblegado cobardemente bajo el yugo dorado.

A pesar de eso aun es posible la salvación y no está todo perdido todavía. Varios han quedado en pie y han luchado; otros despiertan y echan mano de las armas; y otros a su vez se apresuran por alistarse en este ejército santo y por unirse con él. ¡Valor! ¡Esperanza! *Una generación nueva* aparecerá y avanzará. — Un ejercicio constante ha desarrollado su sentimiento de dignidad, la convicción de su fuerza; *llena de respeto y de admiración por lo grande de todos los siglos* se guardará de romper la cadena gloriosa de la tradición. Sensible a toda ambición noble luchará por cumplir su bella misión y brindará al arte una inspiración poderosa y superior!

¡Haced camino a estos recién enviados! — ¡atended a sus palabras, a la profecía de sus obras!



Cuanto más atentos comenzamos a investigar los principios y las consecuencias de los distintos movimientos, de la evolución progresiva del arte, de este algo siempre existente, cuanto más exacta idea nos formamos de las relaciones íntimas entre la música y la poesía, la religión, el corazón humano, todo el hombre con su cuerpo y con su alma, tanto más se nos descubrieron sus secretos y su valor real, tanto más se apoyó nuestra fe sobre la firmeza de la convicción adquirida, tanto más declararemos sin cesar, qué obra grandísima, qué *misión religiosa y social* está confiada al artista.



Han muerto los dioses, han muerto los reyes, pero Dios vive eternamente y las naciones resurgen: no desesperemos pues del arte.

Desterremos toda duda: pronto oiremos sonar en los campos, en los bosques, en los pueblos, en los arrabales, en las salas de trabajo y en las ciudades las canciones nacionales, políticas, melodías e himnos compuestos para el pueblo, enseñados al pueblo y cantados por el pueblo, ¡sí, cantados por los obreros, por los

jornaleros, los artesanos, por mozos y mozas, hombres y mujeres del pueblo!

Todos los grandes artistas, los poetas y los músicos contribuirán a este tesoro popular de armonías que se rejuvenecerá constantemente. *Todas las clases se fusionarán al fin en un sentimiento común* religioso, admirable y sublime.

¡Eso será el fiat lux del arte!

¡Aparece pues, época magnífica, en la que se desarrollarán y se perfeccionarán todas las manifestaciones del arte, en la que el arte se elevará hasta la perfección suprema y como vínculo fraternal unirá a los hombres en un milagro encantador! ¡Aparece, o época! en la que la inspiración del artista ya no será esa agua amarga y fugaz que apenas logra encontrar en la arena estéril que revuelve; ¡ven, o época, en la que caerá en chorros como una fuente inagotable que depara vida!

¡Ven, o hora de la salvación! en la que los poetas y los artistas olvidarán al «público» y conocerán únicamente la divisa: ¡La nación y Dios!

PIETRO DE FRANCISCI, ROMA:

El espíritu de la historia

Quien está convencido que la base para fijar el valor de toda cultura es su capacidad de crear *un conjunto armonioso de fines y valores*, para con ellos constituir un orden interior que ha de originar un período de prosperidad general espiritual y moral, ese no puede menos de admitir al mismo tiempo, que el elemento esencial y decisivo de toda cultura es la energía del espíritu a fuerza de la cual la *historia* se manifiesta como obra de potencias creadoras, de libre selección y de tasación libre, aunque sea valiéndose de ideas y tendencias contradictorias o de alteración entre progreso y decadencia, entre grandeza y miseria, entre belleza y horror, entre períodos brillantes y épocas de obscurecimiento. En esta opinión que era acaso la única cognición del historismo capaz de subsistir fuimos apoyados más bien por nuestras experiencias, nuestras luchas y nuestros sufrimientos, que por el vencimiento filosófico de un naturalismo desgastado. La historia de la época actual y la del pasado es para nosotros un

desarrollo que se opera según la *voluntad* y sobre todo bajo la *influencia* consciente de *genios* capaces de *dominar* los acontecimientos y de unir y *dirigir* las tensiones y los impulsos, los sentimientos y los deseos de los hombres.

Como se comprenderá fácilmente hablo aquí del espíritu que se manifiesta en el hombre y por el hombre; del hombre «como es, fué y será, sufriendo, deseando, activo» (Burkhardt) y según nos lo enseña nuestra experiencia cotidiana. Esta experiencia nos prueba, que en esta auto-realización suya el espíritu está sometido a limitaciones; limitaciones de índole interior según está condicionado por la energía y la manera de ser de su propia sustancia creadora que nunca puede ser otra cosa que sustancia humana; y limitaciones exteriores, porque la vida creadora del espíritu no solo está fijada fatalmente por el espacio y el tiempo, sino que también encuentra barreras que consisten en el conjunto de todos esos elementos humanos y naturales, limitaciones y posiciones que forman la materia, con la que tienen que contar las energías individuales del espíritu.

Esta materia consiste en una mezcla de los elementos y componentes más diversos, en un conjunto variable de ideas y de valores, de principios y sentimientos, de experiencias y convicciones, en cuya selección y combinación, añadidura o descomposición, asimilación o separación, sofocación o ampliación se ejerce y se comprueba la actividad del espíritu. Por lo tanto cada cultura, sobre todo en la época de su desarrollo (y esto también vale por las que a causa de su alejamiento temporal nos parecen ser sistemas corroborados o tipos estáticos) es el resultado de un dinamismo constante, de una tensión eterna entre el espíritu que desea dominar y la materia dominada, de un impulso interminable de crear según un particular concepto ideal de la vida y del mundo nuevas condiciones de equilibrio y nuevas armonías entre los diversos elementos plasmados ya o a punto de plasmarse.

La diferencia entre las culturas históricas depende por lo tanto del *carácter* de la materia, con la que trabaja el espíritu o de la diferencia de *ideas y valores* que le inspiran y de los fines que propone a su propia actividad o también de la intensidad alternativa de su *empleo* y de las facultades de su *actividad* individual. Del enlace de estos elementos provienen esos conjuntos característicos de obras, por los que cada cultura posee sus propios rasgos, su propio semblante, su propio tipo individual.

Pero el elemento importante, creador, constructivo también es el que más difícilmente se puede definir y exponer. La investigación histórica nos enseña de hecho, que en toda comunidad

organizada se forma y se desarrolla una *fuerza intrínseca y secreta* que se manifiesta por un modo determinado de crear, construir y expresar, cosa igual de misteriosa como el mismo principio de la vida; y sustrayéndose a todo análisis es a su vez la base del poder secreto de cada cultura, aquel poder que presta al conjunto su forma y estructura especial, impregnando al mismo tiempo todas las partes que en cada cultura representan los elementos esenciales, determinando y coloreando cada una de sus manifestaciones. Por eso solo el que sabe llegar hasta el fondo de este mundo misterioso es capaz de escribir la historia de una cultura y de darse cuenta de su importancia y de su vitalismo.

Cierto, es un intento atrevido querer penetrar en el espíritu de una cultura, en el genio de una nación; en la vida práctica tampoco todos son capaces de sentir y de ver con seguridad la dirección, en la que van a empujar las energías de una nación bajo las circunstancias respectivas. Esto es solo el privilegio de los *grandes caudillos de la humanidad*.

Y precisamente de este privilegio suyo resulta también la dificultad de juzgar y de apreciar su obra. Pues cuando se contempla los momentos, en los que su trabajo se manifiesta del modo más categórico, radical y original, muchas veces nos parecerá el cumplimiento de algún destino, al que ellos solo sirven de ejecutores, impresión que ellos mismos apoyan y confirman a menudo en sus propias confesiones. Pero los grandes no solo son grandes porque saben mirar por encima de las colinas y adelantarse espiritualmente a los demás mortales, sino sobre todo porque *aperciben* con instinto casi divino las *energías* existentes pero escondidas, porque *miden su potencia y se dan cuenta de su orientación* probable. De modo que lo que a los demás mortales (y a veces a distancia incluso a ellos mismos) les parece post eventum una necesidad, en realidad no es otra cosa que la *manifestación de su libertad*.

En la lucha constante del espíritu contra las cosas y los hombres el hombre, el caudillo, el héroe — al principio profundamente y casi apasionadamente emocionado por lo que sucede y lo que pueda suceder a causa de su iniciativa — con su voluntad absolutamente libre se prescribe a si mismo la ley de su acción y — mientras los demás aun siguen errando en la oscuridad y titubeando de confusión — elige entre los distintos caminos al que hace falta seguir, al que el destino le obliga a emprender, si no quiere fracasar él mismo. *El poder del genio y su influencia sobre la historia* consiste en esta anticipación creadora suya, en esta libre selección, a la que tiene derecho y que le lleva a la

victoria, si bajo las condiciones prevalecientes coinciden libertad y necesidad, acción y destino, ser y deber. Indudablemente es cierto, que los elementos, las energías y los instrumentos para su obra existen antes y aparte de su persona; pero su misión y su don es de unirlos y de conducirlos hacia fines que él solo ve y que corresponden al carácter y a las facultades de aquellos elementos y de aquellas fuerzas; este trabajo del genio es verdaderamente una obra creadora.

Por último no se vaya a creer — me gusta jugar a cartas vistas — que yo no pretenda algo más profundo con la importancia que doy al elogio de los valores y de las obras del espíritu. Vive en mi alma la convicción inalterable, fruto de largas experiencias muchas veces dolorosas, que todo el desorden de nuestra cultura actual, la decadencia de muchas de sus formas, las riñas arrebatadas en las que se desgarran los hombres y las naciones, la oscuridad que se condensa en los espíritus que no saben siquiera porqué luchan, proviene del dominio creciente de las tendencias materiales, sea bajo la forma del llamado materialismo histórico que lo mismo que toda una profusión de doctrinas peligrosas tiene su origen en la doctrina económica del marxismo, sea en atavío del materialismo biológico del que se ufana cierta moda científica o sea por último como resultado de la actitud groseramente ingenua de los que se hacen la ilusión de ser hombres de práctica, porque colocan en primer término a las cuestiones económicas. Quien se pone en este plan debe perder de vista necesariamente las cuestiones nacionales y, lo que importa más todavía, los *problemas de la existencia humana*. Sin querer negar la importancia de las cuestiones económicas, de los elementos biológicos, de los factores materiales es bueno tener presente, que no se puede solucionar aquellos problemas *sin el espíritu o a costa del espíritu*, que es vano querer reorganizar una sociedad sin ocuparse del *hombre*, que es absurdo querer mejorar la vida material si se olvida entretanto la *cultivación de la personalidad*. Toda reforma o revolución social o política *presupone una reforma moral*; y a esta no se puede verificarla, si no se vuelve a conducir a los hombres hacia ciertos principios fundamentales, en los que está basada nuestra cultura desde hace siglos y que necesariamente serán también la base para la cultura venidera.

Y por eso quiero cargar el acento especial en los elementos espirituales de la cultura *romana*; porque solo con ellos es posible reconstruir la entidad de aquella energía, de aquel poder, que puso su sello en toda la historia del mundo mediterráneo y del Occidente.

El viaje a América

Del diario de navegación de la primera expedición del
6 de septiembre hasta el 12 de octubre de 1492 •

Por la mañana partí del puerto de Gomera y me embarqué para comenzar mi travesía.



Experimentaba un verdadero placer gozando la belleza de las mañanas a las que casi no les faltaba otra cosa para hacerlas encantadoras que el canto de los ruiseñores.

El clima era sereno como el de abril en Andalucía. Y también era aquí donde vimos por primera vez grandes cantidades de hierba verdísima que parecía haberse soltado de la tierra hacía poco, por lo que todos opinaban que se debía estar a la altura de alguna isla, pero no de tierra firme; porque yo creo que la tierra firme aun está más lejos delante de nosotros.



Aquel lunes al amanecer vimos una cantidad cada vez más grande de hierba que parecía venir de un río y en ella encontramos un cangrejo vivo que examiné y miré como indicio certero de que había tierra cerca de allí, porque no se los encuentra más lejos de la costa que a 120 millas de distancia.

Todo esto son indicios de que tiene que haber tierra en Poniente. Espero confiado que Dios omnipotente, en cuyas manos están todas las victorias, nos dejará pronto encontrar tierra. Por la mañana ví un pájaro blanco que se llama «Paglia in coda» y que no suele dormir nunca en el mar.



Ordené que se abandonase la ruta seguida hasta ahora que era la de Poniente y que los barcos prendiesen la dirección del Sudoeste, endonde parecía haberse visto tierra. Así navegamos aquel día 18 millas hacia Poniente, pero durante la noche 68 millas hacia Sudoeste que son en total 86 millas. Pero delante de mi gente solo hablé de 52 millas, para que el viaje no les pareciese demasiado largo.



Proseguimos nuestro viaje en dirección occidental hasta después del mediodía; después tomamos el rumbo al Sudoeste, hasta que nos dimos cuenta, que lo que habíamos creído tierra no era más que cielo.

Navegando día y noche recorrimos 124 millas de las que solo denuncié a mi gente 96. El mar estaba como un lago y el aire dulce y suavísimo.



Seguimos el rumbo hacia Poniente. Cuatro pájaros pequeños se posaron sobre la capitana y eso era un gran indicio de tierra vecina, porque tantos pájaros de la misma especie que volaban juntos no podían haberse separado de los otros ni haberse desorientado.



Adelanté en mi curso acostumbrado 188 millas, de las que solo nombré 160. Al rededor de los barcos volaban procelarias y flotaba mucha hierba que era en parte vieja y en parte fresquísima y la que llevaba una especie de frutos. No vimos pájaros de otras especies. Tanto en la semana pasada como en estos días, que se vieron tantos indicios de tierra próxima, no quería detenerme navegando de bolina, aunque suponía que en estos parajes debía haber islas; pero no quería perder tiempo inútilmente, ya que el objeto de mi viaje era llegar a la India, por lo que hubiese sido insensato retardarse aquí más tiempo.



Mis hombres se quejaban de la larga duración del viaje que les parecía intolerable. Pero yo sabía reanimarlos, hablándoles de las ganancias que de esta manera podían procurarse pronto. Añadí que sería inútil pelearse, porque estaba decidido a ir a la India y a proseguir el viaje hasta que con ayuda de Dios hubiese llegado a ella.



Seguía la derrota hacia Oeste Sudoeste. La mar gruesa nos hizo sufrir más que en todo el viaje hasta ahora. Vimos algunas procelarias y un junco verde que pasaba junto a la nave. Los hombres de la carabela «Pinta» apercibieron una caña y un bastón, pescaron otro bastón que parecía labrado con un hierro cortante; aun recogieron un pedazo de caña, una tabla pequeña y una hierba distinta a la acostumbrada y que nace en la tierra. También los de la carabela «Niña» vieron signos de tierra cercana y la rama de una zarza que llevaba frutos rojos. Con estos indicios todos se sentían soliviados y alegres.

En este día recorrimos 108 millas hasta la puesta del sol.

Después de ponerse el sol volví a mi derrota hacia Oeste. Avanzamos con una velocidad de 12 millas por hora y hasta las dos de la madrugada habíamos hecho 90 millas. Como la carabela «Pinta» era más veloz que los otros dos barcos y me había precedido, a bordo de la «Pinta» fué donde primero se descubrió la tierra y se dieron también las señales ordenadas. Esta tierra la vió primero un marinero que se llamaba *Rodrigo de Triana*, aunque a *las diez de la noche* yo había notado una *luz* desde el puente de popa.

Aunque la luz era tan vaga que no me atreví afirmar que fuese tierra, llamé a Pedro Gutiérrez, trinchante del rey, para decirle que me parecía ver una luz y le rogué que mirara, cosa que hizo y la vió también. Igualmente avisé a Rodrigo Sánchez de Segovia que el rey y la reina habían enviado a la Armada como inspector. Pero este no pudo ver nada, porque no se encontraba en un lugar desde el cual podía verlo. Después de haber declarado yo mi observación se vió centellear la luz una o dos veces: y era como una pequeña vela de cera que se alzaba y se inclinaba, lo que todavía a muy pocos les hubiese parecido indicio de tierra cercana; pero yo estaba completamente seguro que me encontraba cerca de ella.

Cuando entonces toda la tripulación rezaba el «Salve Regina» que todos los marinos acostumbran recitar y cantar a su modo y después reinó el silencio, aconsejé a mi gente de hacer buena guardia en el puente de proa y poner atención en la aparición de la tierra. El primero de ellos que avisase que veía tierra recibiría enseguida una chaqueta de seda como regalo, además de todas las recompensas que habían prometido los soberanos, es decir el pago de una pensión de retiro vitalicia de 10.000 Maravedis.

A las dos de la madrugada *apareció la tierra* de la que nos encontrábamos a unas 8 millas de distancia. Arriamos todas las velas y avanzamos solo con una vela mayor sind ninguna otra. Entonces pairamos y esperamos hasta el amanecer del día siguiente que era un viernes, en el que llegamos a una isla que en la lengua de los indios se llamaba «Guanahani».

Allí vimos enseguida indígenas desnudos. Yo fuí a tierra en un bote armado, acompañado por Martín Alonso Pinzón y Vicente Yanez, su hermano que era capitán de la «Niña». Allí desplegué la bandera real, mientras los dos capitanes tremolaban dos banderas campadas de una cruz verde que todos los barcos tenían a bordo y que llevaban una F y una Y con una corona sobre cada letra a

un lado y otro de la cruz. Se presentó a nuestra vista un paisaje poblado de árboles verdísimos y rico en agua y en frutos de muchas clases.

Llamé a los dos capitanes y también a todos los demás que habían desembarcado, a Rodrigo d'Escobedo, notario de toda la Armada y a Rodrigo Sánchez de Segovia y les dije, que como testigos por su presencia personal debían imponerse del hecho, que en el nombre del rey y de la reina mis soberanos yo tomaba posesión de la dicha isla y que debían hacer los comprobantes legales que resultan de los documentos que allí fueron redactados por escrito.

Cuando apuntó el día hice preparar el bote de mi nave y los barcos de remos de las dos carabelas e iba costeando la isla en dirección nornordeste para investigar la costa oriental opuesta y visitar las poblaciones, de las que no tardé en ver dos o tres, cuyos habitantes acudían en gran número a la costa gritando y dando las gracias a Dios. Los unos traían agua, otros comida, mientras algunos entre ellos, dándose cuenta que yo no desembarcaba, se tiraban al agua y nadando venían a nuestro encuentro, preguntándonos, según entendíamos, si habíamos venido directamente del cielo. Un viejo subió a mi bote, mientras otros llamaban a grandes voces a toda la población, hombres y mujeres, diciendo: «Venid a ver a los hombres que han bajado del cielo y traedles bebida y comida.»

En la costa se empujaba un sinnúmero de hombres y mujeres, de los que cada uno había traído algo. Se echaban al suelo y daban las gracias a Dios, levantando las manos al cielo.

Nota de la redacción

En este cuaderno se publica un artículo impresionante de Luis Aparicio con el título «Notas de un Diario». Luis Aparicio que pertenece a la División Azul envió el artículo a la redacción desde el frente del Este. Sentimos que Luis Aparicio no haya notificado en el manuscrito su número del correo militar: Se ruega a los lectores de este cuaderno que conozcan al camarada Aparicio que nos comuniquen este número del correo militar, para que podamos enviarle también el cuaderno y expresarle nuestra gratitud.